



La exiliada María Lejárraga y el interior: Epistolario con José Luis Sampedro y con Lauro Olmo

The Exiled María Lejárraga and Inner Spain: Correspondence with José Luis Sampedro and Lauro Olmo

JUAN AGUILERA SASTRE
GEXEL

Key words: Republican exile, Francoist Spain, María Lejárraga, José Luis Sampedro, Lauro Olmo.
Palabras clave: Exilio republicano, España franquista, María Lejárraga, José Luis Sampedro, Lauro Olmo.

Resumen. Se recupera en este trabajo el epistolario inédito entre María Lejárraga y dos escritores que irrumpían con fuerza y personalidad propia en el panorama literario español del momento, José Luis Sampedro y Lauro Olmo. Su breve relación epistolar abarca un periodo de tiempo limitado, entre 1963 y 1966, pero revela la sintonía intelectual e ideológica entre la exiliada republicana y los dos intelectuales de la España interior: su inconformismo, su rebeldía, su compromiso con la libertad, patente tanto en su vida como en su literatura. En sus cartas, los tres escritores abren la puerta de su mundo vital y literario, desde las charlas radiofónicas de Lejárraga en Buenos Aires y su interés por difundir la literatura española allí, hasta sus libros del exilio, *Fiesta en el Olimpo* y *Viajes de una gota de agua*; desde el éxito del drama *La camisa* y su estreno en Argentina, hasta el impacto de novelas como *El río que nos lleva* y la gestación de *Octubre, octubre*.

Abstract. This work recovers the unpublished epistolary between María Lejárraga and two writers emerging into the Spanish literary scene of the time with a strong personality: José Luis

Sampedro and Lauro Olmo. Their brief epistolary relationship covers a limited period of time, between 1963 and 1966, but reveals the intellectual and ideological understanding between the exiled Republican and the two inner Spain intellectuals: their nonconformity, their rebellion, their commitment to freedom, evident both in their life and literature. In their letters, the three writers open a door to their vital and literary world, from Lejárraga's radio talks in Buenos Aires and her interest in spreading Spanish literature there, to her books on exile, *Fiesta en el Olimpo* and *Viajes de una gota de agua*; from the success of the drama *La camisa* and its premiere in Argentina, to the impact of novels such as *El río que nos lleva* and the making of *Octubre, octubre*.

En el caso de María de la O Lejárraga, los puentes de diálogo con la España franquista son difíciles de delimitar y más bien habría que hablar de angostos y oscuros pasadizos de silencio o negación, puentes casi siempre movedizos. Cierto que sus obras se reeditaron con cierta fluidez o subieron a los escenarios sin grandes dificultades, sobre todo a partir de 1945 (Muñoz, 2014), pero la singularidad de su autoría oculta bajo el nombre de su marido, Gregorio Martínez Sierra, difuminó su figura casi por completo. Sí mantuvo puentes de diálogo epistolar con su familia, en especial con su hermano Alejandro, epistolario que se conserva casi completo. Como en tantos casos, estas cartas fueron un asidero vital insustituible, y así lo expresaba en una de los durísimos primeros años de exilio: «Escribid: vuestras cartas son el

único lazo que nos une al mundo exterior, a todo lo que fue nuestra vida. Parece que nos hemos caído en un pozo» (4-IV-1941). Pero son misivas que, con el tiempo, también traslucen sus inquietudes y proyectos, sus afanes por mantenerse viva como escritora, por no quedar totalmente aislada de la España de la que fuera expulsada tras la derrota de 1939. Mantuvo relación epistolar con otros muchos compañeros de profesión y amigos, tanto del exilio como del interior, pero es casi imposible recuperar esas cartas dispersas. Sí se han conservado, en cambio, las dirigidas a María Lacrampe, a Ramón Lamonedá o a George Portnoff (Aguilera, 2013). También disponemos del valioso epistolario con su traductora norteamericana Collice Portnoff, que ofrece importantes datos sobre su producción literaria durante los años de su exilio en Buenos Aires y su fallida proyección en el mercado estadounidense¹.

María Lejárraga salió de España en octubre de 1936 para ocupar el cargo de agregada comercial del Ministerio de Agricultura, Industria y Comercio en Suiza; entre noviembre de 1937 y abril de 1938 participó en la acogida de niños refugiados en Bélgica; a partir de entonces se instaló en su casa de Niza. Permaneció en Francia

hasta que, en septiembre de 1950, con 75 años, emprendía viaje a América para ganarse la vida, primero a Estados Unidos y México, y en septiembre de 1951, a Buenos Aires, donde murió en 1974. Nunca pudo ni quiso volver, coherente con su ideario político. Y si en septiembre de 1945, finalizada la Guerra Mundial, le aseguraba a María Lacrampe que no esperaba volver pronto a España porque «la situación que podemos deducir desde aquí es hartamente confusa y revuelta» (7-IX-1945), se mantuvo siempre fiel a sus principios y, una y otra vez repetía, como le decía a Collice Portnoff en 1960, que «yo a España no he de ir mientras esté allí Franco» (15-III-1960). De hecho, el regreso de quien aún era su marido, Gregorio Martínez Sierra, por más que estuviera enfermo y asegurara que lo hacía «sin renegar de mis ideas, por supuesto»², fue para ella una decepción, que comentaba a su familia entre la tristeza y la desesperanza: «No sé si alegrarme o entristecerme [...]. Dios quiera que le sienta bien el aire de la patria y que se le realicen sus ilusiones de poder trabajar en ella con aprovechamiento» (27-IX-1947). Y lo mismo le manifestaba a Juan Ramón Jiménez en una carta de felicitación por la concesión del Premio Nobel, el 4 de abril de

¹ El epistolario familiar se conserva en el Archivo María Lejárraga y ha sido publicado recientemente (Lejárraga, 2021). El mantenido con María Lacrampe, en la Fundación José Ortega y Gasset-Gregorio Marañón; el de Ramón Lamonedá se halla dividido entre la Fundación Pablo Iglesias y el Archivo María Lejárraga; y el de Collice Portnoff, conservado en su archivo personal, nos ha sido facilitado por Laura Ann Hynes, a quien agradezco su generosidad. Cuando se citan cartas de estos epistolarios lo hacemos indicando solamente la fecha entre paréntesis.

² Carta de Gregorio a María, Buenos Aires, 7-IX-1947 (en O'Connor, 2003: 304).



1957: «¡Cómo me complace que no haya usted querido volver a España! Yo tampoco. Gregorio volvió, y ello es una de mis tantas tristezas. Aunque decían: ¿Volverá? ¿No volverá? Y yo deseaba: ¡Que no vuelva, que no vuelva! Me dio usted el gusto» (en Alegre, 2008: 466).

El puente de diálogo en el que centraré mi estudio³ es relativamente modesto, aunque me parece de sumo interés: el epistolario que María Lejárraga mantuvo con José Luis Sampedro y Lauro Olmo durante unos pocos años de su exilio en Buenos Aires. Pero quiero aclarar, en línea con las propuestas de Larraz (2009, 2014, 2017a, 2017b) y Montiel (2017a, 2018), que se trata de un contacto que nada tiene que ver con los intentos de inserción o superación de las fracturas entre exiliados e intelectuales del interior. Los tres corresponsales tenían clara conciencia de que navegaban a contracorriente, en ambientes hostiles, por lo que su epistolario, a la vez que expresa

el alborozo individual por la sintonía intelectual e ideológica que los une, no deja de ser una nueva «crónica de una insatisfacción, la que impusieron los vencedores de la Guerra Civil a la España del exilio y a buena parte de la que se quedó en ella» (Montiel, 2017b: 507).

El intercambio epistolar entre María Lejárraga y José Luis Sampedro es breve, apenas 12 cartas en total (aunque sospecho que debió haber alguna más que se ha perdido⁴), que se conservan en el Archivo María Lejárraga y en el Archivo José Luis Sampedro, actualmente depositado en la Biblioteca Nacional⁵. El epistolario está formado por 8 cartas de María Lejárraga a José Luis Sampedro y tan solo cuatro de Sampedro a Lejárraga. Abarca cuatro años, se inicia en enero de 1962 y se cierra, sin motivo aparente, en febrero de 1966. Curiosamente, tanto la primera como la última carta son de María. La frecuencia de las misivas es muy discontinua, pues en 1962, año del primer contacto,

³ Este trabajo se presentó como ponencia en el VI Congreso Internacional *El exilio teatral republicano de 1939. Ochenta años después*, que con el título «Puentes de diálogo entre el exilio republicano de 1939 y el interior» se celebró en la Universitat Autònoma de Barcelona los días 18 al 20 de diciembre de 2019. Se publicó parcialmente en las actas de dicho congreso (López García y otros [eds.], 2021:151-182) y ahora, actualizado, ve la luz completo.

⁴ Así se deduce de la carta XI, en la que María le pide perdón por su tardanza en contestar a la de Sampedro del 25 de julio. No se conserva carta de esa fecha, sino del 25 de septiembre (carta VIII). En la subsiguiente, también le ruega que perdone por haber «tardado tanto en contestar a su carta». Pero además, en la carta XI María hace alusión a «lo que usted me cuenta del Cristo de brazos articulados», que no aparece en ninguna de las misivas de Sampedro que rescatamos aquí. Algo similar ocurre con la carta que Sampedro dice haber recibido de María en la que le hablaba de *La camisa*, de Lauro Olmo (carta I). La numeración de las cartas corresponde al Apéndice de este trabajo, que indicamos entre paréntesis cuando se citan en el texto o en nota.

⁵ Antonio González Herranz, sobrino político de María Lejárraga, se encargó de pedir las cartas de María a Sampedro para integrarlas al Archivo y le envió copia de las que en él se conservaban, a pesar de lo cual, como indicamos en la transcripción del epistolario, en ninguno de los dos archivos se encuentra completo. Agradezco a Antonio González Lejárraga y a Olga Lucas su generosidad y su disposición a enviarme copia de las cartas María Lejárraga y de José Luis Sampedro que aquí recojo. Igualmente ha sido imprescindible para mi trabajo la ayuda de Berta Muñoz Cáliz, que me facilitó el acceso a la correspondencia de Lauro Olmo, depositada con todo su archivo en el Centro de Documentación Teatral.

se concentran cinco (tres de María y dos de Sampedro), mientras que de 1963 hay cuatro (tres de María y una de Sampedro), una de 1964 (de María a Sampedro), ninguna en todo el año 1965 y dos en el último año, 1966, una de cada corresponsal. Esta discontinuidad se explica en las propias cartas por diversas razones: la pereza al escribir, las muchas ocupaciones y los viajes (en el caso de Sampedro), los problemas de salud o el cansancio que le supone, en el caso de María, la constante dedicación al oficio de escribir, según le explica a Lauro Olmo en septiembre de 1964: «como me gano la vida escribiendo, cuando termino el trabajo diario no hay fuerza interior capaz de obligarme a volverme a sentar a la máquina. Hasta la familia se está siempre quejando de que no escribo». Pero a veces las excusas parecían servir de poco y se reprochaban los silencios, como María en esa misma carta a Olmo: «Tengo que escribir a J. L. Sampedro para pedirle también a él un favorcito, pero estoy tan disgustada con él por el cínico olvido en que me tiene que no pienso escribirle hasta que reciba una carta suya de cuatro pliegos. Tenga la bondad de decírselo de mi parte» (carta III⁶). En cualquier caso, la cordialidad impera por encima de todo y hasta se buscan justificaciones tan curiosas como esta de Lejárraga a Sampedro: «Y perdone también que haya tardado un poco en contestar [...]. Mayor hubiera sido la tar-

danza por evitarle la preocupación de tener que volver a escribirme. He leído en no recuerdo qué libraco inglés que no es cortesía contestar demasiado deprisa la carta de un amigo porque la premura parece indicar el deseo de quitarse de encima lo antes posible un trabajo molesto» (carta XI).

El epistolario con Lauro Olmo es todavía más reducido: consta de tan solo tres cartas, dos de Olmo y una de Lejárraga, si bien hay que destacar que también fue ella quien tomó la iniciativa del contacto, a través de José Luis Sampedro, a raíz de la impresión que le produjo la lectura de *La camisa*. Recordemos que este «drama popular en tres actos» fue editado por primera vez en el número 32 de la revista *Primer Acto* (Olmo, 1962) y que 1963 se publicó en volumen en Ediciones Arión. Pues bien, ya en septiembre de ese año 1963 preguntaba a su familia en Madrid: «¿Habéis visto una comedia de un señor Olmo que se llama *La camisa*? La he leído y me gusta mucho» (30-IX-1963). A principios de 1964, José Luis Sampedro escribía a Lauro Olmo para agradecerle «el envío, con tan cariñosa dedicatoria, de su obra *La camisa*, que ya tuve ocasión de admirar cuando se puso en escena y que me pareció una de las cosas más importantes –y hay pocas– que hemos visto en estos teatros en los últimos años». Y, simultáneamente, le transmitía este mensaje de María Lejárraga: «Apro-

⁶ Meses antes, había transmitido su enfado con Sampedro a su familia: «Estoy muy enojada con él, porque aunque dice que me quiere tanto y cuanto, no me escribe nunca y como dice no recuerdo qué francés: “Sin trato puede haber amor pero no amistad”. Decídselo así de mi parte» (25-VII-1963).



vecho la ocasión para decirle que tengo correspondencia con María Martínez Sierra, que vive en Buenos Aires, y que en una carta suya se preocupaba especialmente de decirme que había leído *La camisa* y que le felicitara a Vd. en su nombre». La carta de Sampedro a Olmo añadía otro detalle importante: puesto que al parecer la obra iba a representarse próximamente en Buenos Aires, le aconsejaba que la visitara si asistía al estreno porteño, para lo cual le facilitaba su dirección; y en caso de no poder viajar allí, le animaba a escribirle, pues se trataba de una mujer «que merece que se le haga llegar el afecto hasta el exilio» (carta I). La primera carta de Lauro Olmo a María Lejárraga está fechada el 12 de mayo de 1964 y en ella, además de agradecerle mucho «la buena opinión que tiene sobre mi obra», le informaba de su impaciencia por un estreno en Buenos Aires, que todavía no tenía fecha concreta:

Verdaderamente, *La camisa* tenía que haberse estrenado ya en esa ciudad. Primero iba a ser en el Teatro Florida. Ahora me dicen que están interesados por ella los del Teatro IFT. Son noticias confusas, nada concretas en cuanto a elenco y dirección; quiero decir en cuanto a garantía artística. En realidad, estoy un poco desorientado. Los derechos de representación los tenía adquiridos Manuel Benítez Sánchez-Cortés, pero estos días ha cumplido el contrato que nos unía y, dado lo confuso de todo, y hasta

que no se aclare algo, prefiero que la obra esté de nuevo en mi poder. Sé que en Buenos Aires hay interés por conocerla, pero la verdad es que hasta ahora no he tenido suerte con los gestores. ¿Quiere creer que *La camisa* se ha tenido que ir abriendo paso «contra viento y marea»? Perseguida, premiada; vuelta a perseguir, vuelta a premiar⁷; etc. Hoy está traducida al inglés, al neerlandés, al alemán, al polaco, al francés. Y espero su estreno en Berlín, en Bruselas, en Varsovia, en Ámsterdam, etc. ¡Pero qué importante sería para mí que fuese bien estrenada en Buenos Aires! En fin, ya veremos en qué queda todo (carta II).

La camisa, finalmente se estrenó en la Escuela de Teatro del IFT, de Buenos Aires, con dirección de Jaime Kogan, el 31 de julio de 1964⁸. Allí sumó, a los premios ya obtenidos en España («Valle-Inclán», 1961; «Larra» y «Nacional de Teatro», 1962, «Álvarez Quintero» de la RAE, 1963), otros tres galardones: el premio a la «Mejor obra extranjera en idioma original» de la temporada, otorgado por la revista *Talía* y el radiofónico *Semanario Teatral del Aire*, la «Mención especial para obras extranjeras» por unanimidad de la revista *Teatro XX*, y una «Mención» de la Asociación de Críticos Teatrales de la República Argentina (Olmo, 1984: 9). Lauro Olmo no pudo asistir a tan esperado estreno. Tampoco María Lejárraga pudo verlo, al menos en las primeras funciones,

⁷ Sobre las vicisitudes de sus obras con la censura franquista, véase Muñoz, 2005: 193-215.

⁸ Antonio Fernández Insuela (2022) ha publicado recientemente la correspondencia de Lauro Olmo con Alejandro Casona y Jaime Kogan a propósito de este estreno.

pero sí daba noticia de su éxito al autor en la respuesta a su primera carta: «Se estrenó estando yo enferma, pero Gastiarena me dijo que había gustado mucho y que la habían hecho muy bien, con una sola falla: no habían podido imitar el acento madrileño necesario. Estuvo cosa de un mes en el cartel, y ahora creo que vuelven a hacerla [...]. Le felicito, ya que se le cumplió el caprichito de estrenar en Buenos Aires». Además, Lejárraga reprochaba cariñosamente a Olmo sus quejas por las dificultades para estrenar, le recordaba su propia experiencia y le advertía premonitoriamente de los peligros de triunfar demasiado pronto, losa que en cierto modo persiguió a Lauro Olmo tras el fulgurante éxito de *La camisa* por la continua expectativa de que sus siguientes obras fueran al menos tan perfectas como aquella: «¿Se queja de los trabajos que ha pasado para estrenar *La camisa*? Diez años nos costó a nosotros estrenar en Madrid la primera comedia. Los viejos se defienden. Es natural. Y no conviene triunfar dema-

siado pronto porque se corre el riesgo de no poner empeño suficiente en el trabajo» (carta III). Pero lo más interesante de la misiva de María es que revela nuevos datos sobre aquel estreno, que fue precedido de otro, esta vez radiado, en el programa «Las dos carátulas» de la Radio Nacional de Argentina, «donde mi amigo Miguel Gastiarena, que es el asesor teatral, la impuso. Allí pagan muy poco y se cobra tarde, pero es el mejor anuncio que se puede hacer para una obra dramática. Con *La camisa*, la propaganda dio resultado. IFT se decidió a hacerla inmediatamente». Hay que aclarar que este estreno radiofónico de *La camisa* se había realizado bastante antes y sin autorización, el domingo 3 de noviembre de 1963⁹. Por otro lado, María le pedía a Olmo que le enviara su nueva pieza teatral, que se había estrenado con poco éxito el 8 de junio de 1963 en el Teatro Goya de Madrid, con dirección de José Osuna: «Me gustaría mucho conocer *La pechuca de la sardina*. ¿No podría enviarme un

⁹ Así lo acredita la carta de Miguel Benítez Sánchez-Cortés, quien ostentaba los derechos de representación de *La camisa* en la Argentina, a Lauro Olmo, fechada en Buenos Aires el 19 de noviembre de 1963. En ella le comunicaba que la retransmisión se realizó «sin consulta previa de ninguna clase y sin pedir ninguna autorización», aunque también señalaba el lado positivo del caso: «En principio, y al margen de lo fastidioso que siempre es esta arbitraria manera de proceder [...], el hecho de la transmisión supone dos cosas buenas: una, el interés que despierta tu obra porque es muy buena; otra, la propaganda que implica, sin que realmente –entre nosotros– pueda hablarse de perjuicio a efectos de la ulterior representación. Por cuanto esa transmisión a través de una emisora de tipo intelectual, como es Radio Nacional, no va tanto al gran público como a sectores minoritarios». Y concluía augurando lo que realmente iba a ocurrir: «El estreno –que no pudo realizarse la temporada pasada principalmente por haber querido supeditarla a la actuación personal de Inda Ledesma– creo que será fácil hacerlo en la próxima». La Sociedad de Autores envió a su vez una carta a Lauro Olmo, fechada el 4 de diciembre de 1963 y firmada por Carlos Fernández Shaw, en la que se recogía la protesta de su delegado en la Argentina y se transcribía la explicación del director de la emisora y sus excusas por haber omitido de forma «involuntaria» el trámite del permiso correspondiente, «que reconocemos indispensable»; lamentaba los posibles perjuicios al señor Benítez Sánchez-Cortés, pero también resaltaba que «mediante nuestros anuncios radiales y la difusión de nuestra revista-programa mensual, dimos amplia publicidad previa a la transmisión de la obra» (Archivo Lauro Olmo, Centro de Documentación Teatral. Agradezco a Antonio Fernández Insuela que me facilitara copia de estas dos cartas).



ejemplar?» (carta III). El autor se lo hizo llegar con su carta del 28 de noviembre, en la que le anunciaba para el año siguiente otra más, *La condecoración*, y definía *La pechuga de la sardina* como «obra escrita con vistas a cierto provincianismo todavía vigente, más en unas partes que en otras, pero nacional. Ya me dirá qué le parece» (carta IV¹⁰). No hubo, al parecer, respuesta de María Lejárraga, pues solo he podido localizar una carta suya a Lauro Olmo.

La petición de María no tenía como único objeto su interés por la trayectoria teatral de Lauro Olmo, evidente tras su contacto con él. Obedecía a un deseo más amplio y ambicioso que explicitaba en esa misma carta: «Me agradaría en extremo ser la madrina de todos los nuevos autores dramáticos de la nueva generación española. También lo soy un poco de los viejos. Hace unas semanas han radiado “Las dos carátulas” una adaptación radiofónica de *Rinconete y Cortadillo*, de Cervantes, y tuve bastante buena suerte con el trabajo¹¹. ¡Qué vicio tan indarraigable es el teatro para quien una vez lo prueba!» (carta III). El programa «Las dos carátulas» se había iniciado en la Radio Nacional de Argentina el 9 de julio de 1950 y todavía con-

tinúa emitiéndose en la actualidad, considerado el espacio radiofónico más longevo del mundo. Dedicado a difundir obras de la dramaturgia nacional y universal «que por sus valores se constituyen en cabales expresiones e imponderables aportes a la cultura»¹², la idea original surgió de José Ramón Mayo y los estudios se encontraban en la calle Ayacucho, esquina Posadas. Miguel Gastarriena, amigo y contertulio de María Lejárraga, fue uno de sus fundadores y entonces era el asesor teatral del programa. María Lejárraga fue colaboradora habitual de Radio Nacional, para la que escribió series misceláneas como *Mis fantasmas* o *Cómo sueñan los hombres a las mujeres* (Martínez Sierra, 2009a). Y en «Las dos carátulas» eran frecuentes las lecturas dramatizadas de las obras de la firma Martínez Sierra, de las que a veces daba cuenta María en las cartas a su familia: «el domingo dieron por la Radio Nacional mi arreglo de *La vida de bohemia*, de Murger» (7-VII-1959); «esta noche dan aquí por la Radio Nacional *Navidad*» (21-XII-1965). Pero debieron ser muchas más, según el testimonio de Julieta Gómez Paz: «Muy a menudo Radio Nacional de Buenos Aires, en los programas dirigidos por Miguel

¹⁰ Sobre *La pechuga de la sardina*, véase Fernández Insuela, 2002.

¹¹ Así comunicaba a su familia el éxito de su trabajo: «He hecho para la Radio Nacional una adaptación radiofónica de *Rinconete y Cortadillo*, de Cervantes. La pasaron el domingo 16. Hoy me mandan a decir que están recibiendo cartas de felicitación de escuelas, institutos y universidades. En realidad, modestia aparte, me salió bastante bien; verdad que Cervantes se esmeró en la obra tres siglos y medio antes que yo. Para mí, después del *Quijote*, lo mejor suyo» (20-VIII-1964).

¹² Sobre el programa, puede consultarse su página web: <http://www.radionacional.com.ar/category/las-dos-caratulas/>.

Gastiarena, amigo dilecto de María, se escuchan las obras de los Martínez Sierra. En estos días hemos oído *Teatro de ensueño*» (1969). También le encargaron trabajos sobre autores consagrados que había conocido bien, como Emilia Pardo Bazán, con motivo de la emisión de su drama *Verdad*¹³, o Jacinto Benavente. Para celebrar el centenario de su nacimiento, el 12 de agosto de 1966 se emitió en «Las dos carátulas» *La comida de las fieras*, con una presentación del autor a cargo de María Lejárraga, que finalizaba con estas palabras dirigidas a quien consideraba uno de sus maestros en el oficio del teatro: «La crueldad de los últimos tiempos separó irremisiblemente nuestros caminos. Precisamente, cuando él murió en España, yo estaba gravemente enferma en la Argentina. De veras me duele no haberle podido decir: “¡Gracias, maestro, por habernos ayudado a esperar en la vida cuando aún no sabíamos lo que es vivir!”»¹⁴.

Pero su interés, como evidenciaba su contacto con Lauro Olmo, apuntaba preferentemente hacia los nuevos autores. Aunque no lo fuera tanto, ya había presentado

a Joaquín Calvo Sotelo el día 24 de mayo de 1959 con motivo de la emisión de su comedia *La visita que no tocó el timbre*¹⁵. A partir de entonces, intentó ponerse en contacto con otros de los que tenía noticia por la prensa o cuyas obras había leído ya. En su carta a Lauro Olmo le pedía este favor: «Sin duda usted está en buenas relaciones con el señor Gala, autor de *Los verdes campos del Edén*. También esa comedia me gusta muchísimo y me gustaría que me enviase una carta para el Sr. D. Miguel Gastiarena en la cual autorizase a Radio Nacional para radiar la obra en “Las dos carátulas”» (carta III). Lauro Olmo, cumplió el encargo y le dio la dirección de María «para que le escriba», si bien le advertía que Lola Membrives quería llevar la obra en Buenos Aires (carta IV), por lo que parece ser que la gestión no tuvo éxito y *Los verdes campos del Edén*, primer texto teatral de Antonio Gala, fue presentado por Lola Membrives en marzo de 1965 durante su última temporada en el Teatro Odeón de Buenos Aires¹⁶. Por otro lado, en una carta a José Luis Sampedro de septiembre de 1963 ya se había interesado por otros

¹³ En el Archivo María Lejárraga se conserva el texto mecanografiado de esta presentación, con el título «Comentario para *Verdad*, drama en cuatro actos de Emilia Pardo Bazán», sin fecha.

¹⁴ El texto mecanografiado de su intervención, en siete páginas, se halla en el Archivo María Lejárraga.

¹⁵ La obra se había estrenado en el Teatro Lara de Madrid el 16 de diciembre de 1950 y había obtenido el Premio Nacional de Teatro «Jacinto Benavente» como mejor comedia de la temporada 1949-1950. El texto mecanografiado de esta presentación también se conserva en el Archivo María Lejárraga.

¹⁶ Sobre este montaje, le comentaba María Lejárraga a José Luis Sampedro: «El autor de *Los verdes prados del Edén* se perdió un gran éxito por quedarse en España a cuidar la postura en escena de la obra de ese cursi de Claudel en lugar de venir aquí a ocuparse de la obra propia que, por culpa de la interpretación equivocada, no entendió nadie. Yo no la vi porque estaba en plena enfermedad» (carta XV).



dos dramaturgos que comenzaban a triunfar en los escenarios españoles, José Martín Recuerda y Juan José Alonso Millán:

Desearía tener un ejemplar de la comedia de Martín Recuerda *Las salvajes en puente San Gil*. He leído una referencia a ella en un periódico español, y me interesa.

También quisiera que Juan José Alonso Millán me enviase un ejemplar o una copia de su obra *El cianuro... ¿solo o con leche?*

Las pido, naturalmente, con buena intención. Me gusta hacer propaganda en este aburridísimo país de los autores españoles que valen la pena. Siempre conviene que suenen los nombres de los que escriben. En nuestro pícaro oficio, para conseguir algo hay que dar que hablar. Usted bien lo sabe (carta XII).

Se trataba, en todos los casos, de autores jóvenes y de obras muy recientes: *Las salvajes en Puente San Gil* se había estrenado en el Teatro Eslava el 30 de mayo de ese mismo año 1963, con dirección de Luis Escobar; *El cianuro... ¿solo o con leche?*, en el Teatro Beatriz el 7 de junio, con dirección de Cayetano Luca de Tena; y *Los verdes campos del Edén*, en el Teatro María Guerrero, el 20 de diciembre, con dirección de José Luis Alonso. Parece evidente que María Lejárraga seguía atentamente el devenir de la vida escénica española y leía con sumo interés los textos de los autores que a ella le parecían más representativos de cuantos se iban estrenando en los teatros de la España franquista. Había perdido ya la esperanza de estrenar su propio

teatro («Escribiría alguna comedia, pero ¿para qué si no la puedo estrenar?», comentaba a su familia [30-X-1963]), tanto en Buenos Aires como en España, donde lo intentó con las compañías de María Fernanda Ladrón de Guevara, Fernando de Granada e incluso con Luis Escobar en la Sala Recoletos. Pero no renunciaba a una misión que le parecía importante, la de servir de puente de diálogo con la España que había tenido que abandonar, hacer propaganda en Buenos Aires de los autores «que valen la pena», o, como le escribía a Lauro Olmo, «ser la madrina de todos los nuevos autores dramáticos de la nueva generación española» (carta III).

Hay que retroceder un poco en el tiempo para acercarnos a su relación con José Luis Sampedro. En 1962, le había escrito a su amiga María Lacrampe: «¿Has leído una novela muy, muy buena que ha publicado un autor español a quien yo no conocía, *El río que nos lleva*, autor (*sic*) José Luis Sampedro? Léela: yo estoy entusiasmada con ella» (1-VI-1962). La novela había aparecido a mediados de 1961 en la «Colección Novela Nueva» de la editorial Aguilar y el hecho de que su sobrino Jaime, hijo de su hermano Alejandro, trabajara en Buenos Aires como delegado de la editorial (Velasco, 1971) puede explicar tanto que María Lejárraga la leyera de inmediato como que consiguiera con facilidad la dirección de José Luis Sampedro para enviarle su primera carta, fechada el 23 de enero de 1962.

Hay que resaltar que Lejárraga es, en esos momentos, una exiliada de 87 años que no tiene reparo en escribir una carta de pura admiración a un novelista de 44, a quien no conoce, fascinada por la lectura de una novela que le ha tocado la fibra más sensible. En ella se encuentran ya algunas de las claves de este breve epistolario con el novelista. La carta comienza con un saludo de camaradería («Compañero: ¿Permite que le llame así, puesto que somos del mismo oficio?—») y de inmediato pasa a exponer el objeto que la ha llevado a tomar la iniciativa: «Le escribo para agradecerle el grandísimo placer que he tenido leyendo *El río que nos lleva*», pues «temía morirme sin que hubiera surgido en nuestra España un digno sucesor de Galdós, Clarín, Emilia Pardo Bazán. Pero está usted ahí, y le felicito y me felicito»; y finaliza con una despedida aparentemente formularia («Ruego acepte el testimonio de mi admiración sincera y el ofrecimiento de mi amistad leal» [carta V]), que Sampedro convierte en su respuesta en germen de una relación epistolar honda y cariñosa. Le aseguraba que la de María Lejárraga había sido «una carta de las que me han conmovido más en mi vida», y le prometía enviarle otra novela suya «como testimonio de la amistad, la admiración y la gratitud hondísima de este escritor español para quien su carta ha sido lo que no soy capaz de expresar bien». Como novelista, sentía que estaba lejos de ser «el sucesor de esos nombres españoles

que usted cita», y se definía como un náufrago en un mundo hostil:

Yo soy un modesto narrador de historias que, eso sí, lleva muy en el corazón. Procuro contarlas con autenticidad y nada más, casi *por* necesidad y no *para* obtener nada. Las escribo como un náufrago, las meto en una botella y las confío al mar. Lo que más vale para mí es que a veces (raramente, claro) esa petición de socorro (de comunicación) del hombre solo, llega a manos como las de usted y me valen palabras tan confortadoras y tan emocionantes como las suyas (carta VI).

La carta de Lejárraga tenía para Sampedro más valor por cuanto le confirmaba que, pese a formar parte de una «generación quemada» por la guerra y la dictadura, podía ser capaz de transmitir a los jóvenes la herencia de un pasado que él pudo disfrutar brevemente, pero le había sido hurtado por completo a la nueva generación. He aquí al Sampedro más íntegro y comprometido, al luchador consciente de que su misión como ciudadano sometido a un régimen político asfixiante, como profesor universitario y como escritor debía ser tender un puente entre aquel pasado y un futuro en libertad que atenuara en lo posible los estragos de la dictadura. Hay que recordar al respecto que Sampedro se había integrado, ya en los años 40, en la tertulia de José María de Cossío, a la que asistían asiduamente Ignacio Zuloaga, Gerardo Diego, el escultor Sebastián Miranda, Antonio Díaz-Cañabate y Eugenio D'Ors. En ella, recordará más tarde, «se



hablaba mucho de España, de filosofía, de literatura en términos no oficiales»; y añadía: «Allí me enteré de muchas cosas, supe de escritores proscritos, exiliados, de gente que estaba en México, Argentina, Cuba o donde podían, gentes y acontecimientos de los que un doctrino infeliz como yo no había oído hablar hasta entonces. Era la España vital frente a la España oficial y supuso un hito importantísimo en mi vida» (Sampedro, 2005: 139-142). La misiva de María Lejárraga le permitió el contacto directo con una autora proscrita y, de algún modo, le sirvió para afianzarse en ese camino de compromiso irrenunciable como escritor que buscaba por encima de todo que sus historias sirvieran «para algo verdaderamente humano», en una declaración de principios verdaderamente esclarecedora:

Tengo 45 años, que me sirven para llegar a tener idea de quién es V., y de lo que significa su nombre, y de lo que representa su carta. Me considero por eso –por los años– como hombre de una generación quemada y solo aspiro, como he dicho en el prólogo de un libro mío de economía (la economía es mi ganapán), a ayudar a los jóvenes a que pasen por encima de mí hacia el futuro. Su carta me hace pensar que efectivamente no hago mal el papel de cadáver para llenar el foso y que quizás hasta consigo transmitir a los jóvenes algo de la herencia que yo tuve, que ellos deben recibir y que les ha sido y les sigue siendo oficialmente escamoteada (carta VI).

Evidentemente, María Lejárraga era parte viva de esa herencia y puente seguro en-

tre ese pasado irrenunciable y el porvenir ansiado, no por lejano menos imperioso. En su respuesta, la anciana exiliada insistía en la enorme alegría que suponía también para ella esa amistad epistolar que acababa de nacer, «porque hacerse un amigo a los 87 años es aventura que no cae en suerte con demasiada frecuencia. La última de esa especie me cayó del cielo poco antes de cumplir los ochenta y cinco. Probablemente la de usted será la última de la serie en mi presente encarnación. Voy a darme muchísima prisa para aprovechar la feliz coyuntura». Y, con camaradería evidente, le recordaba que ella también era «un poco economista» (carta VII), pues su primer título académico había sido el de Profesora de Comercio y que como tal había desempeñado durante la República el puesto de Agregada comercial de la legación española en Suiza (Lizarraga, 2004: 27-30; Taillot, 2011). Una camaradería que se prestaba además a confidencias personales, a comentarios sobre sus respectivos achaques de salud (en especial, Sampedro, carta XV; Lejárraga, carta XVI), a bromas como la que hace María con el apellido de su interlocutor: «A propósito, ¿es usted santo? Me gustaría tener amigos influyentes con el Cielo ahora que ya se acerca para mí la hora del viaje definitivo» (carta XI); incluso a alguna «incoherencia» que «solo con los amigos de verdad me permito» (carta XI). Pero la sintonía fluye, sobre todo y más en serio, cuando se refieren a la profesión común de escritores. Así, cuando Sampedro se despe-

día en la carta VIII como «su buen amigo y aprendiz», María le respondía: «usted no es aprendiz de nadie: ha nacido aprendido como todos los que venimos predestinados a hacer algo especial en el mundo: lo único que nos cabe hacer es no ser infieles al llamamiento» (carta IX). Porque para ella, la misión del escritor era consustancial con su existencia, su auténtica vida: «¡A escribir! ¡A escribir! Eso es nuestra vida. La verdadera» (carta XI), aunque tuviera clara conciencia de que a veces el oficio estaba condicionado por las circunstancias: «No escribo hoy más porque estoy muy atareada escribiendo por cuenta propia. Nada importante. Chapuzas para que no me olviden y, desde luego, para ganar algunos pesos» (carta XII). En cualquier caso, asumía con modestia las limitaciones de su quehacer: «En fin, nos contentaremos con lo que parece ser nuestra misión: repetir en lenguaje de nuestro tiempo las verdades eternas, dándoles el mayor brillo posible para que las alcancen a sentir hasta los espíritus más romos» (carta XVI).

Lógicamente, muy pronto comenzó el intercambio de sus respectivos escritos. Ya en su primera carta, Sampedro prometía

enviarle la otra novela que había publicado, *Congreso en Estocolmo*, también editada por Aguilar en 1952 y que en ese momento estaba reimprimiéndose (carta VI); María la esperó «con impaciencia» (carta VII), aunque no volvió a aludir a ella, tal vez porque no la recibió. Sí le interesó un artículo de Sampedro que encontró en la recién inaugurada segunda época de *Revista de Occidente*, «Dinamismo en el campo español», porque en él «trata usted algo que me llega al alma: la tragedia de Andalucía. Ya, mucho antes de ser diputada por Granada, cuando no había ido a esa tierra, compendio de desdichas, más que como turista, tenía la espina clavada en el corazón»¹⁷ (carta XI). En ese artículo, Sampedro valoraba la amplia respuesta a encuesta realizada por FIDESA (Federación de Iniciativas para el Desarrollo Económico) en los pueblos de Andalucía como una muestra de que los andaluces ya «no esperan pasivamente, sino que se mueven para hacer», y esa nueva actitud, tan diferente de la tradicional en aquella tierra, «es la primera y más imprescindible condición para el desarrollo económico»¹⁸. María le pedía información sobre FIDESA y le rogaba que

¹⁷ En *Una mujer por caminos de España*, donde refleja la triste realidad de Andalucía, María aseguraba que nunca pudo encontrar «esa alegría pintoresca que es su marchamo oficial», y aludía a una cita de su libro *Granada. Guía emocional* (1911), donde ya decía: «Es triste Andalucía, ¿verdad? Yo no sé qué esperanza hay en ella que no acaba nunca de realizarse» (Lejárraga, 2019: 147).

¹⁸ El artículo de José Luis Sampedro había aparecido en la sección de «Notas» del número 2, mayo 1963, pp. 229-231. Sampedro colaboró desde el primer número de esta segunda época de *Revista de Occidente*, en cuya sección de «Notas» publicó un breve texto titulado «Los economistas no hacen milagros» (1, abril 1963, pp. 105-108). Además, era miembro del «Consejo asesor» de la revista, junto con Fernando Chueca Goitia, Luis Díez del Corral, Enrique Lafuente Ferrari, Pedro Laín Entralgo, Rafael Lapesa, José Luis L. Aranguren, José Antonio Maravall, Julián Marías y Fernando Vela; el director era José Ortega Spottorno y Paulino Garagorri, secretario de redacción.



se la enviase también a su compañero Ramón Lamonedá, «uno de los hombres más dignos y leales a la causa del pueblo que he conocido». Sampedro, en vista de su interés, prometió a María una separata de su siguiente artículo en *Revista de Occidente*, también centrado en la economía, «Desarrollo económico y actitud política»¹⁹, que en su opinión era «todavía más expresivo que el anterior, del que me habló usted con aprobación» (carta XIII). Hablaba en él de la diferente concepción del desarrollo económico en los según la ideología política de los gobernantes y de que el verdadero desarrollo económico solo podía conseguirse con actitudes políticas reformadoras.

María Lejárraga, por su parte, no se atrevió a enviarle a Sampedro sus memorias políticas por temor a posibles represalias, «por no correr el riesgo de comprometerle si abren el paquete» (carta XI), y le recomendó que pidiera a su hermano sus libros del exilio: «Si quiere usted leer mis libros *Gregorio y yo*, *Una mujer por caminos de España*, *Viajes de una gota de agua* y *Fiesta en el Olimpo*, pídaselos prestados a mi hermano Alejandro Lejárraga, que vive en

Madrid» (carta VII). La impresión que a Sampedro le produjo la lectura de estos dos últimos²⁰, en especial *Viajes de una gota de agua*, fue enormemente positiva y le hacía sentir aún más orgulloso de su amistad:

Entre tanto, me he puesto en contacto con su familia y he leído ya *Fiesta en el Olimpo*, donde hay cosas realmente estupendas, y *Viajes de una gota de agua*, que me ha parecido enviadiblemente impresionante. Para mí, es de la calidad de raros libros, como *El pequeño príncipe*, de Saint-Exupéry, que parecen nada y tienen dentro un mundo. Comprenderá Vd. que no pretendo elogiarla: es sencillamente que me resulta un libro para releer y con unos aciertos instantáneos fabulosos. Ahora comprendo mejor muchas cosas y me enorgullezco mucho más de su primera carta (carta VIII).

Sampedro añadía que tenía que volver a llamar a Alejandro Lejárraga, «que quedó en buscarme sus otros dos libros», es decir, los dos volúmenes de memorias. Lamentablemente, no hizo comentario alguno sobre ellos en sus cartas, aunque lo más probable es que también los leyera en esos años de estrecha relación con María. A partir de ahí, la exiliada fue enviándole de vez en cuando

¹⁹ Incluido también en la sección «Notas» del número 5 (agosto 1963, pp. 230-239). En el número siguiente de la revista apareció su reseña de la novela de Delibes *Las ratas* (6, septiembre 1963, pp. 382-385) y en el último número del año publicó un nuevo artículo sobre economía, «Entre el mercado y la planificación» (8-9, noviembre-diciembre 1963, pp. 245-257). Su firma desapareció de la revista hasta finales del año siguiente, en que vio publicado un cuento, «En la misma piel del tigre» (20, noviembre 1964, pp. 209-220), que en más tarde recogería en el volumen *Mientras la tierra gira*, Barcelona, Destino, 1993.

²⁰ *Gregorio y yo* (México, Grijalbo, Biografías Gaudes, 1953) y *Una mujer por caminos de España* (Buenos Aires, Losada, 1952) son sus dos libros de memorias; *Viajes de una gota de agua* (Buenos Aires: Librería Hachette, 1954), ha sido recientemente reeditado por primera vez en España (Lejárraga, 2018), al igual que *Fiesta en el Olimpo y otras diversiones menos olímpicas* (Buenos Aires; Aguilar, 1960), ahora recogido junto con otras piezas teatrales del exilio de la autora (Martínez Sierra, 2009b)

algunos pequeños textos de su producción, sobre todo de los que preparaba para la radio: «¡Ah!, mi familia lleva los originales de unas emisiones que hice por radio hace unos meses²¹. No valen gran cosa, porque, por radio, ¿qué va uno a decir? Pero como nunca he escrito palabra que no crea verdad, pídale a mi hermano que ese las preste y me irá conociendo un poquito más» (carta IX). La escritura, en efecto, conducía a la persona y a la amistad. También a través de su familia le hizo llegar otros artículos publicados en Buenos Aires: «Ahora escribo en *La Prensa*. Jaime me dice que os ha enviado alguno de mis artículos. Como no me habéis dicho nada, supongo que se han perdido. Si os llega alguno, llamad a Sampedro y prestádselo para que lo lea, pero que os le devuelva y guardádselo porque tal vez le necesite» (25-VII-1963). En su última carta a Sampedro, María adjuntaba el artículo que había publicado en *La Prensa* «la semana pasada», titulado «Pleito entre dos espíritus celestes», con este curioso comentario: «Solo en Madrid tiene Lucifer un monumento. En el que ahora se llama Paseo de Coches del Retiro, y que cuando yo era niña se llamaba Paseo del Ángel Caído, hay una bella estatua de Lucifer, cayendo del Cielo. En Madrid tenía que darse el milagro. Vaya usted a saludar al que se ha de salvar sea como sea. Me enamoran las almas testarudas» (carta XVI).

La comparación que hacía Sampedro entre *Viajes de una gota de agua* y *El pequeño príncipe*, de Saint-Exupéry, en el sentido de que los dos eran de esos libros «raros», de una calidad excepcional, «que parecen nada y tienen dentro un mundo», es especialmente significativa por la altísima consideración en que los dos escritores tenían al francés. María, en su contestación, expresaba su sintonía en el gusto por Saint-Exupéry y le contaba una anécdota sobre su muerte:

Por lo visto, le agrada Saint-Exupéry. A mí también, muchísimo. Se perdió en el aire, que era su elemento. Yo estoy casi segura de que se suicidó porque no podía soportar la vida en las capas bajas de la atmósfera terrestre. Y estoy casi segura también de que quien se la hizo insoportable fue su mujer, la suya, una bella hispanoamericana que, por ironía del destino, se llamaba Consuelo. Nada de esto lo sé de cierto, pero me lo ha contado el subconsciente y acostumbro a fiarme de sus cuentos (carta IX).

Sampedro llegaría a citar *El principito* entre las obras a las que le hubiera gustado poner su firma «por las muchas reflexiones que suscita bajo su llaneza aparente, por ser un cuento infantil y un oráculo manual a la vez» (Palacios, 1996: 94). María Lejárraga, por su parte, ya recomendaba a María Lacrampe en 1949 que leyera a Saint-Exupéry:

²¹ Debe tratarse de la serie «Mis fantasmas», que comenzó a emitirse en Radio Nacional el 7 de agosto de 1961 y finalizó el 30 de octubre de 1961. En total, fueron 13 capítulos, la mayoría dedicados a los músicos con quienes trabajó y que fue publicando a lo largo del año 1962 en la revista femenina *Maribel*.



¿Puedes proporcionarte por ahí los libros de Saint-Exupéry, el aviador? Si es posible léelos sobre todo *La terre des hommes* y *Pilote de Guerre*. Pero en francés, porque supongo que traducidos en español serán una insoportable *tarta* como de costumbre. [...]. En *Pilote de guerre*, hay algunos párrafos que dicen mucho de lo que yo quisiera decirte sobre las relaciones entre el cuerpo y el alma. A mí me gusta muchísimo este autor, porque escribe exactamente lo mismo que yo, con una emoción contenida, como si le diera vergüenza sentirla, pero no lo pudiese remediar (6-XI-1949).

Y en otra carta de 1954 insistía en que su forma de escribir se parecía a la del autor francés tanto en el espíritu como en el estilo, a la vez que relataba la misma anécdota que más tarde le resumía a Sampedro. Merece la pena la larga cita:

No me sorprende que al leer los libros de St. Exupéry (*sic*) me recuerdes: siempre he pensado que teníamos él y yo –en literatura, porque personalmente no le he conocido– espíritu muy semejante y estilo muy parecido, sobre todo en el modo de expresar la emoción escondiéndola y frenándola un poquito. Creo recordar que fui yo quien hace años te aconsejé que leyeras sus obras. Precisamente ayer estuve leyendo algo sobre su muerte: fue en servicio de gue-

rra, pero no de pelea: unos cuantos kilómetros para llevar a un jefe desde el Mediterráneo a la frontera suiza, y desapareció. Y no se ha vuelto a saber de él ni se ha encontrado nunca el menor resto de su avión. Muerte misteriosa. Se habló de suicidio. Sospecho que –como a todo el mundo– le falló el amor. Se casó con una Consuelito²² americana del Sur, y muy probablemente no se pudieron entender; él, según me contaron, la quería demasiado y ella era una muñeca linda y frívola... ella se enamoró del héroe del momento, pero el héroe del momento tenía en el cerebro demasiados problemas que a ella le aburrían de muerte y él tenía una sensibilidad casi femenina, así es que no hizo falta la infidelidad que no existió para que la unión fuera imposible... Eso se dijo a la hora de su desaparición: yo, a veces, pienso que no ha muerto sino se ha quitado de en medio, se ha ido «a otro planeta» como su *Petit prince*. ¿Has leído el *Petit prince*? Es un libro para niños triste, tristísimo, en el cual ha puesto su alma entera y que es casi una confesión general. Como hablaba con niños, pensó, tal vez, que los chiquillos no se reirían de sus penas como las personas mayores, y se *laisse aller* sin ocultar el alma como en sus otras obras. Una observación suya me interesó: dice en no recuerdo cuál de los libros que para quien, como él, ha volado sobre casi toda la tierra, la impresión que da nuestro planeta es que está casi completamente deshabitado, fuera de algunas pequeñas agrupaciones humanas. Tal vez haya

²² Antonio González Herranz, sobrino político de María y amigo de José Luis Sampedro, le aclaraba en una carta el enigma de esta Consuelito que enamoró a Saint-Exupéry: «Aunque posiblemente conocerás el detalle, te diré que esa Consuelito que cita María era la viuda del conocido Enrique Gómez Carrillo. Este escritor era propietario de una villa, “El Mirador”, en la Costa azul, villa que dejó a su viuda, de forma que, sin saberlo, María pudo haberse cruzado con Saint-Exupéry, pues también ella residía por aquel entonces en la famosa costa francesa» (4-XI-1995, Archivo José Luis Sampedro). Consuelito era en realidad Consuelo Suncín, escritora francesa-salvadoreña que llegó a París con su protector, José Vasconcelos, y que se había casado con Gómez Carrillo en 1926. Envió apenas once meses después, cuando el escritor guatemalteco murió de un derrame cerebral.

descubierto alguna soledad propicia y esté vi-
viendo lejos de hombres, mujeres y otros seres
anfíbios e insoportables (29-IX-1954).

Hubo un momento en que el puente
epistolar entre Sampedro y Lejárraga pudo
convertirse en contacto presencial, cuan-
do en la carta VIII Sampedro habla de la
posibilidad de viajar a la Argentina «para
un breve asunto», proyecto que le ilusio-
naba sobre todo por «conocerla personal-
mente». Como es lógico, el viaje en ciernes
también suponía una alegría para María,
quien con humor le prevenía de que «a lo
peor se asusta usted al verme», dada su
avanzada edad, y más en serio, le agradecía
que le sirviera de puente de contacto con la
realidad de la España real, tan lejana para
ella: «Deseo que venga usted, egoístamen-
te, porque usted podrá contarme de Espa-
ña cosas que ninguno de los que vienen de
allí puede o quiere decirme. De la Argenti-
na, no le digo nada, porque no quiero que
traiga usted prejuicio. Fíese de la primera
impresión, que es la buena. Y hasta pronto.
Así lo espero» (carta IX²³). También Sam-
pedro tenía interés por recabar la opinión
de María Lejárraga sobre muchos asuntos,
en especial sobre la situación de la mujer:
«Una cosa de la que quisiera hablar muchí-
simo con Vd. es de la mujer universitaria
en España. Le contaría cómo ve a las mu-

chachas y a sus problemas de aula un pro-
fesor como yo que cree que el eje de tantas
cuestiones en nuestro país es la transfor-
mación auténtica de la mujer. Supongo que
estará Vd. de acuerdo, pero sobre todo que
podrá enseñarme en esto muchísimas co-
sas» (carta VIII). Un año más tarde, el viaje
parecía haberse desvanecido, aunque no en
la memoria de María: «¡Ahora recuerdo
que usted me dijo que pensaba venir por
aquí! ¿Ha renunciado al proyecto? Quie-
ro esperar que no» (carta XII). El pequeño
fiasco devolvía a Lejárraga a la triste reali-
dad de su vida bonaerense, que definía en
otra carta con resignada melancolía: «Aquí
vamos viviendo, no sé si en realidad o en
desvarío» (carta VIII); una melancolía que
no empañaba su determinación ni la firme-
za de sus convicciones, como le recordaba
al recriminarle uno de sus silencios episto-
lares: «Pero, ¿es usted mi amigo? Pensán-
dolo bien, creo que no, ya que, en tantos y
tantos meses, no ha sentido vuesa merced
ni un solo instante la necesidad de decir-
me: ¡Buenos días, viejecita española y des-
terrada voluntaria!... el más definitivo de
los destierros» (carta X). Un oxímoron que
definía a la perfección su situación: des-
terrada voluntaria, puesto que oficialmente
no había sido condenada a tal estado, pero
a la vez, el más definitivo de los destierros,
puesto que la voluntad le impedía el regre-

²³ Todavía en 1964 mantenía María la esperanza de verlo en Buenos Aires: «¡Un mes en Londres! Se ve que es usted hombre importante. Procure que su "importancia" le traiga por aquí; procuraremos hacerle grata la estancia en esta aburridísima ciudad. No quiero blasfemar; he encontrado en ella unos cuantos buenos amigos» (carta XIV).

²⁴ La expresión procede de su libro de memorias políticas *Una mujer por caminos de España* (Lejárraga, 2019: 254).



so a «la que fue mi España»²⁴, pero que en ese momento no lo podía ser, porque la del régimen franquista no la sentía como propia. Ya lo había advertido en su primera carta, jugando con la metáfora del río como imagen de un mundo que discurre en la dirección equivocada, en el que solo algunos resisten y no se dejan arrastrar por su fuerza irracional: «Nos lleva el río, pero no nos arrastra. Vamos en él, mas contra corriente. Con solo respirar, protestamos» (carta V). La primera persona del plural parece fundir en la misma lucha a los de dentro y a los de fuera, a todos los que no se dejaban arrastrar por la corriente y, en el exilio o en España, mantenían con firmeza su dignidad.

Volvemos de este modo al origen de todo el epistolario: *El río que nos lleva*, novela que, como hemos visto, entusiasmó a María Lejárraga, le hizo revivir su dolor por una España lejana y aherrojada, a la vez que renacía su confianza en algunos escritores del interior: «¡Qué dolor España! ¡Qué dolor tan grande! ¡Y cómo le agradezco el haberlo sabido sentir y decir con tan noble aspereza, sin recurrir a la pornografía para ocultar la falta de inspiración ni a las palabrotas para disimular la carencia de estilo!» (carta V). A raíz de su lectura, José Luis Sampedro iba a ser para ella su «amigo Shannon» (carta IX) o el «señor autor de *El río que nos lleva*» (carta X), y

por eso le escribía una carta casi tan solo para enviarle el articulito que sobre la novela había publicado su amigo Valentín de Pedro en el prestigioso diario bonaerense *La Prensa*²⁵, a la vez que le anunciaba: «Le estoy haciendo una propaganda entusiasta. No me lo agradezca: el libro merece mucho más» (carta VII). Y otra más para comunicarle que, gracias a su buen hacer, Radio Nacional de Argentina había ofrecido una lectura de su obra:

Solo unas líneas [...] para darle una alegría, no sé si grande o chica. Cuando se publicó *El río que nos lleva*, yo me permití enviar un ejemplar a la Radio Nacional Argentina para su biblioteca. De los libros que les parecen bien hacen un comentario elogioso. Con los que les parecen requetebién, llenan una sección especial, «El libro leído para usted», y durante los días no feriados de todo un mes, leen de él un capítulo. No quiero negar que indiqué a la «comisión» la conveniencia de leer la novela con atención especialísima (era, para mí, caso de conciencia). Al fin, le llegó el turno, y durante este mes de julio de 1963, todos los días no feriados tenemos el placer de escuchar su prosa: en la emisión del miércoles 10, nos dieron el emocionante capítulo del Viernes Santo; en la del jueves 11, el de la visita de Paula al cura (carta X).

Es probable que María Lejárraga se sintiera en cierta medida identificada con algunos episodios o personajes concretos de la novela, como el del Negro, que desde

²⁵ Sampedro le responde que escribió dando las gracias a Valentín de Pedro «de quien tenía noticias literarias porque tengo edad para ello, pero no he tenido respuesta» (carta VIII).

que ingresó en la Casa del Pueblo se dedicó a hacer la propaganda política por plazas y pueblos, y era capaz de adaptar su retórica a cada discurso y a cada auditorio para acabar siempre convenciéndolo:

Llegábamos al teatracho, o incluso al corral, como alguna vez, y nos subíamos al tablado. Nada más entrar... ¡Qué va, antes! Nada más llegar al pueblo me oía yo cómo estaba el ambiente: si iba a ser fácil o difícil. Y desde el tablado ya sabía de fijo por dónde había que coger al público. Cada una de sus reacciones ante los oradores anteriores era importantísima para mí. Y, por otro lado, la actitud del delegado gubernativo. Luego empezaba yo [...]. Las palabras precisas me venían como le viene al escultor el impulso de la mano. Me hacía con ellos, con todos, entusiastas y recelosos, compañeros y adversarios (Sampedro, 1996: 283).

Inevitablemente, estos mítines del Negro tuvieron que recordarle, con las debidas diferencias, sus andanzas de propagandista republicana y socialista por las tierras de España²⁶. Pero lo que realmente debió conmoverla fue la intensidad con que Sampedro había sido capaz de reflejar la vida y la realidad de una España ya periclitada, que se desmoronaba inexorablemente y parecía

haberse sumido en el abismo de la nada, depositaria de unos valores ajenos a la triste realidad del franquismo. Así lo percibía Sampedro en su respuesta a la primera carta de María: «Y pienso que, si a usted y a otros españoles, mis gancheros les parecen buena gente, cada uno con su dignidad (esa idea nuestra de la dignidad), entonces es que quizás mis historias sirven para algo verdaderamente humano» (carta VI). El olvido y la memoria son temas fundamentales de la novela, como la dignidad, motivo recurrente en toda la obra de Sampedro²⁷. Lo expresaba con claridad meridiana Shannon en una conversación con el Americano:

Yo no puedo evadirme... Mejor dicho, no quiero. Me han puesto en la tierra y aquí permanezco. No lo pedí, no es culpa mía, pero acepto el reto de lo alto y esa es la grandeza del barro humano: asumir bien erguido la responsabilidad de la vida, que echaron sobre mis hombros sin pedirla. Esa es la dignidad: el peso de la vida aceptado sin resignación, pero sin desesperanza... Tú, tus hombres. Siempre a pie firme en vuestro sitio... [...] Ser lo que se es: hombre, ¡qué dignidad! (Sampedro, 1996: 405-406).

²⁶ Un aspecto que destaca en los mítines que recrea Lejárraga en *Una Mujer por caminos de España* es su dominio del tiempo y del espacio, su capacidad para adaptar los recursos retóricos a cada situación, a cada auditorio, y la eficacia de su discurso, con el que, como buena maestra, procuraba, más que convencer, hacer pensar a su auditorio (Aguilera, 2019: 91-83; Cruz Cámara, 2009).

²⁷ En el capítulo XII de *Congreso en Estocolmo*, Romero amonestaba a Miguel Espejo: «Escuche usted a un viejo, amigo mío. Eso no se puede admitir. La grandeza del hombre y su dignidad han consistido siempre en "comerse las penas". Un hombre sin problemas y sin tirar de sus riendas es un hombre vacío. Yo no quiero que nada de lo engendrado por mi alma sea dispersado por el viento o por las palabras. Quiero llegar con ello, virtud y pecado, hasta el final. Así es únicamente como se puede llevar la cabeza alta» (Sampedro, 1983: 127).



Y lo remachaban con no menor precisión el ignorante pastor Quico («Yo de letras no sé; pero de convivencia... Claro, cada hombre tiene su dignidad» [Sampedro, 1996: 456]), y el ilustrado Don Pedro, para quien la dignidad iba inevitablemente ligada a la libertad: «Para mí está bien claro [...]: Se vive con dignidad cuando se vive con autenticidad [...] ¡Libertad! He ahí la posibilidad única de ser auténtico, de cumplirse, de realizarse. He ahí, por tanto, la única fuente posible de la dignidad» (Sampedro, 1996: 457-460).

Una dignidad que, en el caso de María Lejárraga, se mantuvo incólume durante su largo exilio sin retorno, en ese ir en el río «mas contra corriente», en ese «con solo respirar, protestamos», que enarbolaba en su primera carta a Sampedro; y que, en el de José Luis Sampedro, se manifestó en su actitud siempre disidente y combativa, de la que fue buena muestra su posición ante los sucesos de 1965, cuando, en plena revuelta estudiantil, fueron expulsados de sus cátedras en Madrid José Luis López Aranguren y Agustín García Calvo y, en Salamanca, Enrique Tierno Galván, además de la inhabilitación temporal de Santiago Montero Díaz y Mariano Aguilar Navarro, con los que se solidarizaron Antonio Tovar y José María Valverde. Sampedro relataba a su amiga exiliada en Buenos Aires aquellas «vicisitudes» que, aparte de los cinco expulsados, ponían en «difícil situación» a otros, «entre los que me cuento, que no nos hemos marchado por solidaridad en aten-

ción a que, por desgracia, éramos demasiado pocos para dar a esa decisión un cierto peso y, en vista de ello, los propios sancionados nos han aconsejado que sigamos»; y aclaraba en cuanto a su posición personal: «Pero uno se siente muy en precario, por lo que respecta a su posición oficial, aunque cada vez más sobre tierra firme en lo que se refiere a la situación vital. Porque, afortunadamente, los estudiantes persisten en sus demandas de libre asociación». Como muestra de solidaridad, le comentaba a María Lejárraga que sus apuntes impresos estaban dedicados a «los profesores sancionados», por lo que «si no me han hecho un expediente es porque deben entender que por ahora no les conviene». Le explicaba también que recibía «coacciones de todas clases» en el Ministerio de Hacienda y en el Banco Exterior, aunque nada iba a alejarle «de asumir mis responsabilidades» (carta XV). De hecho, como es sabido, ese mismo año 1965 fue uno de los fundadores y codirector del Centro de Estudios e Investigaciones (CEISA), donde llegó a haber más de un centenar de alumnos y los catedráticos expulsados pudieron seguir impartiendo durante tres años docencia (Sampedro, 2005: 204-206). En su respuesta a esta carta, la última del epistolario, no hay comentarios de María Lejárraga sobre estos sucesos, si bien indirectamente, por una entrevista en la revista bonaerense *España Republicana*, se infiere que de alguna manera reavivaron su espíritu luchador pasados los noventa años:

Admirable mujer. La imponente carga de sus noventa años, verdadera montaña de recuerdos, le fuerza a vivir más de vuelta hacia el pasado que de cara al futuro. Son muchas las luchas sostenidas, las esperanzas maltrechas, las ilusiones desvanecidas y hasta las batallas perdidas para que no la domine un cierto pesimismo. No obstante, en el fondo de su corazón –como un rescoldo inextinguible– alienta un sentimiento de confianza en la juventud y en los trabajadores españoles. Los recientes sucesos protagonizados en España por los estudiantes han contribuido, sin duda, a avivar ese rescoldo, a fortalecer esa dosis de confianza que anida en lo recóndito del espíritu de doña María a despecho de tantas decepciones sufridas (*Peón de Brega*, 1965).

El compromiso de José Luis Sampedro también se reflejaba, por supuesto, en su obra literaria. El epistolario con María Lejárraga ofrece una primicia sobre la novela que estaba escribiendo en esos momentos y que se dilataría, hasta que la entregó a imprenta en 1981, durante casi 19 años de escritura. El propio Sampedro hablaba de que comenzó a trabajar en ella tras la publicación en 1961 de *El río que nos lleva*, y que su primera intención era «hacer una novela muy sencilla», centrada en «una historia de amor entre una pareja que luego se transforman en Luis y Ágata» (Nòria, 1998: 416-418). Al final, *Octubre, octubre*, se convertiría en una «novela mundo» de casi mil páginas con cuatro versiones

diferentes hasta que halló la forma definitiva. La primera mención a la nueva novela aparece en la carta de diciembre de 1963²⁸, donde hablaba a María Lejárraga de que apenas tenía tiempo para la escritura, pero seguía dándole vueltas a su idea, e incluso adelantaba un título, *El pueblo no está*, basado en una anécdota del inicio de la Guerra Civil. En su opinión, ese título respondía a una realidad incontestable de la vida española de los últimos años:

Quiero también decirle que aunque tengo parada mi próxima novela, por agobios de tiempo, cada vez pienso más en ella. Y que le he encontrado un título que va muy bien a mi intención general y que me hago la ilusión de que a usted –precisamente a usted, querida María– le dirá algo: EL PUEBLO NO ESTÁ. Responde a una anécdota auténtica del 17 de julio de 1936 que nadie conoce y que casi presencié mi mujer (es decir, ella estaba entonces en la misma ciudad). Pero responde al hecho para mí radical de la vida española de todos estos últimos años: que el pueblo no está. La situación se podrá interpretar como se quiera, pero algo está clarísimo: El pueblo no está. No sé qué pensará usted de esto (carta XIII).

La anécdota se insertó finalmente en el epígrafe «Cuartel de Palacio» del capítulo 7 de la novela, en boca de don Pablo:

Me ha contado un amigo algo que no he leído en ningún sitio, del día en que empezó en

²⁸ Puede que incluso antes, pues ya en septiembre parece referirse María a la nueva novela, hecho que confirmaría la pérdida de alguna carta intermedia de Sampedro: «Figúrese lo que me regocija ser casi madrina del [libro] que va usted a escribir. Hay que echar el resto, que estoy yo esperándole» (carta XI).



Melilla la sublevación militar, el diecisiete de julio famoso. La ciudad estaba desierta, bajadas las persianas, refugiada la gente en su casa al llegar los legionarios de Tahuima a la plaza. En una esquina de la vieja calle Chacel, entonces Avenida de la República y antes de Alfonso XIII, hizo alto un piquete para proclamar el estado de guerra. Sonó el toque de atención y el comandante al mando de la fuerza empezó a leer el bando. «¡Pueblo de Melilla!», gritó, y le atajó una voz vibrante: «¡No está!» ... Hay que imaginárselo, se ponen los pelos de punta. Un civil, el único en la calle, un ciudadano, se enfrentaba impávido con la sublevación. Naturalmente, lo cogieron, lo encarcelaron, y murió meses después en el hospital, tras intentar suicidarse en la prisión, creo que tirándose por la ventana. Es un suceso histórico; mi amigo me ha dado hasta el nombre de aquel valiente, se llamaba Núñez, y era funcionario de la Aduana de Melilla, del Puerto Franco (Sampedro, 1993: 358-359).

Don Pablo, Ildefonso, Nicanor y Lorenza evocan con nostalgia los tiempos pasados, los de Pablo Iglesias y Jaime Vera, los de la Confederación, y recuerdan a una sastra, Paula Fraile, que daba mítines y que «hablaba muy bien»; aquella mujer, que de algún modo podría relacionarse con la «propagandista» María Lejárraga, aunque se sitúe en momentos muy anteriores a la República, le hace decir a Ildefonso: «¡Vaya valor que necesitaba echarle entonces una mujer para ser socialista! La gente los tenía por satanases. Y una mujer, no hablémos. De fulana para arriba, la llamaban lo que usted quiera pensar, y más» (Sampedro, 1993: 356-357). De vuelta al presente,

Ildefonso, melancólico, hace la pregunta crítica: «No hay pueblo en la calle. Usted que sabe tanto, don Pablo, ¿qué pasa en España? ¿Dónde está el pueblo; dónde la dignidad del obrero? Cuando yo era mozo, teníamos dignidá, ya lo sabe usted. Se creía en la idea». La respuesta de Don Pablo, cuando Ildefonso insiste en la idea recurrente de que «el pueblo no está», es rotunda: «Exactamente. De esta dictadura podrá pensarse lo que se quiera, bueno o malo; pero imposible decir que tiene con ella al pueblo: El pueblo no está. Por mucho que hablen de Cortes representativas y otros simulacros» (Sampedro, 1993: 358-359). Es esta una idea recurrente en Sampedro, que no circunscribía a la literatura o a la realidad política, sino que también utilizó al hablar de economía. En su conferencia «Problemas sociales del desarrollo español», impartida en el Círculo de Economía de Barcelona el 18 de febrero de 1964 (nótese que en la misma época de su epistolario con María Lejárraga), concluía su discurso con estas palabras:

Y si quieren, finalmente, tener una significación o una muestra, un símbolo sociológico de lo que pasa, noten ustedes qué poco, qué escasamente, qué raramente, se emplea oficialmente en los discursos y en manifestaciones una palabra tan formidable, tan hermosa, tan entrañable, y tan extraordinaria, como es la palabra «pueblo» [...] Yo la he oído en otras épocas muchísimo más, y eso me parece que significa, junto con otras razones, que el pueblo no está. Eso es peligrosísimo. Creo que el pueblo no está, y que el pueblo debería estar. Creo

que el momento del paternalismo ha pasado ya, y que la gente no quiere tanto que la hagan feliz, cuanto dedicarse a hacerse feliz (Sampedro, 2009: 166-167).

En su respuesta, María animaba a Sampedro a seguir avanzando en su novela, pero su comentario resumaba el escepticismo de quien ha sufrido muchas decepciones: «¿El pueblo no está? Es natural. ¿Está usted muy seguro de que estamos nosotros?». El escepticismo de la exiliada María Lejárraga rayaba el fatalismo cuando comentaba en la posdata de esa misma carta: «Estoy pensando que como ya tenemos oficialmente pretendiente carlista al trono de España, cuando yo me haya muerto, habrá guerra carlista en España lo mismo que había cuando nací. No sé quién ha dicho: “Conviene que haya revoluciones para que todo vuelva a quedar lo mismo que estaba”» (carta XIV). En su última carta a Lejárraga, Sampedro detallaba, como hemos señalado, algunos de los sucesos de la universidad a lo largo de 1965, y mostraba su voluntad de concluir aquella novela, a la que ahora denominaba *El pueblo no está o Las hogueras de octubre*, «que hubiera terminado ya este verano de no ser por todos esos contratiempos». Y, lo que es más importante, le aseguraba que su ejemplo y su compromiso le estaban sirviendo de inspiración a la hora de escribir: «No hace mucho tiempo encontré por las librerías un volumen con las conferencias que dio Vd. en el Ateneo sobre el papel de la mujer española, en abril de 1931. Si fuera posi-

ble, la querría a Vd. todavía más después de haber leído ese libro. Una de las cosas que yo quisiera conseguir con esta novela es recordar a los jóvenes ciertas actitudes así, pero no tengo la pretensión de conseguirlo» (carta XV). Se refería al volumen *La mujer española ante la República*, que recogía, en efecto, las cinco conferencias que María dictó en el Ateneo de Madrid entre el 4 y el 18 de mayo de 1931 para concienciar a las mujeres del cambio trascendental que suponía la implantación del régimen republicano, para animarlas a defenderlo y a participar activamente en él, desechando temores infundados (Aguilera, 2006: 56-69). En él late el compromiso feminista y republicano de María Lejárraga, cuando las expectativas de modernización y democratización parecían al alcance de la mano de los españoles, casi imparables. El triste destino de una edición de aquel volumen (no la primera, como dice María, que fue casi inmediata, en ese mismo año 1931, de la editorial Esfinge) parece simbolizar la tragedia de quienes defendieron con tanta ilusión aquel régimen y luego padecieron la saña de los que lo destruyeron, tanto en el exterior como en el interior:

Ese libraco mío que ha encontrado usted con mis conferencias del Ateneo es –me parece– un ejemplar único. Mis compañeras de la Asociación de Cultura Cívica, que yo fundara, me obsequiaron con una edición de doscientos ejemplares que nunca llegó a mis manos porque yo había salido de España, a la que no he vuelto, en octubre del año 1936, y mi familia quemó el paquete de ejemplares sin guardar



ninguno, en parte por miedo a si los vencedores de la Guerra Civil hacían un registro en la casa les trajese a ellos malas consecuencias, y en parte porque no tenían otra cosa que «mis papeles» para encender lumbre y calentar un poco de sopa. Así pereció un arcón entero o, mejor dicho, su contenido, en el que había cartas que vendidas hoy les hubieran hecho ricos después de mi muerte... (carta XVI).

CODA

El último capítulo de *El río que nos lleva* se titula «Real Sitio», título a su vez de la novela que cerraba en 1993 la trilogía «Los círculos del tiempo», iniciada en 1981 con *Octubre, octubre* y continuada con *La vieja sirena* en 1990. Si en *Octubre, octubre* podemos vislumbrar de algún modo la sombra o el espíritu de María Lejárraga, en *Real Sitio* aparece con su propio nombre, bien que fugazmente, tal vez a modo de homenaje del novelista a la amiga exiliada. Ocurre en el capítulo III, cuando Agustín irrumpe para contar la aventura que ha vivido. Santiago Rusiñol ha estado viéndole pintar y le ha regalado un cuaderno de papel grueso para sus dibujos. Llegan al hotel donde trabaja de botones dos señores de Madrid, amigos de Rusiñol, el actor Enrique Borrás y el dibujante Luis Bagaría. En el monólogo de Marta que cierra la primera parte del capítulo, «1930: El señor de la noche», la protagonista reflexiona sobre lo vivido: «Agustín hoy feliz, ¡qué contento me dio! duda de su talento, sigue adelan-

te... Ahora caigo, Rusiñol llegó a Madrid hace poco para la reposición de su comedia, escrita con Martínez Sierra, el que escribía para la Bárcena y dicen que la autora es su mujer, María Lejárraga, Borrás y el dibujante... ¡Luis Bagaría, claro! los tres buenos amigos...» (Sampedro, 1993: 82). El dato es fidedigno, y se refiere al homenaje que los intelectuales madrileños, con Gregorio Martínez Sierra al frente, rindieron a Rusiñol con motivo de su paso por Madrid para asistir a la función inaugural de la temporada de la compañía Martínez Sierra en el Teatro Infanta Beatriz, que el 9 de enero de 1930 debutaba con la reposición de *Vida y dulzura*. La comedia, escrita por Rusiñol, María y Gregorio «en perfecta armonía» (Martínez Sierra, 2000: 112-113), se había estrenado el 18 de enero de 1907 en el Teatro de la Comedia y supuso el debut de la firma Martínez Sierra en los escenarios españoles. Tras la función de 1930 en su honor, Rusiñol pasó por Aranjuez y recaló en el Café de la Unión con sus amigos de siempre. El día 15 de enero se celebró un banquete en su honor en el Hotel Gran Vía, antes de su regreso a Barcelona. En una divertida entrevista en la revista *Crónica*, comentaba jocosamente cuando el periodista le interrogaba por el objeto de su viaje: «Esa es una pregunta que nadie me había hecho. Sin duda, porque todos suponen que he venido a Madrid a presenciar la exhumación de *Vida y dulzura*, y que he ido a Aranjuez a despedirme de sus jardines... Pues no es así: Luisa y yo hemos

venido concretamente en segundo viaje de novios» (G. Olmedilla, 1930). Nadie había mencionado a María Lejárraga en 1907; tampoco en 1930. Sí se acordó de ella Marta, la protagonista de *Real Sitio*.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUILERA SASTRE, Juan (2006). «Introducción». En María MARTÍNEZ SIERRA, *Ante la República: Conferencias y entrevistas (1931-1932)*. Estudio introductorio, edición y notas de Juan AGUILERA SASTRE. Logroño: Instituto de Estudios Riojanos, pp. 11-120.
- (2008). «La Asociación Femenina de Educación Cívica (1931-1936)». En Juan AGUILERA SASTRE (ed.), *María Martínez Sierra: feminismo y música*. Logroño: Instituto de Estudios Riojanos, pp. 79-141
- (2013). «República y primer exilio de María Lejárraga: Epistolario con George Portnoff». En María Teresa GONZÁLEZ DE GARAY y JOSÉ DÍAZ-CUESTA (eds.), *El exilio literario de 1939. 70 años después*. Logroño: Universidad de La Rioja, 2013, pp. 203-254. En línea: <http://publicaciones.unirioja.es/catalogo/online/Exilio1939/portada.shtml>.
- (2019). «Introducción». En María de la O LEJÁRRAGA (María Martínez Sierra), *Una mujer por caminos de España. Recuerdos de propagandista*. Edición de Juan AGUILERA SASTRE. Sevilla: Renacimiento (Biblioteca de la Memoria), pp. 7-101.
- ALEGRE HEITZMANN, Alfonso (2008). *Juan Ramón Jiménez, 1956. Crónica de una Premio Nobel*, Madrid: Publicaciones de la Residencia de Estudiantes.
- CRUZ CÁMARA, Nuria (2009). «La doctrina socialista y el público en *Una mujer por caminos de España*, de María Martínez Sierra», *Bulletin of Spanish Studies*, 86, 6, pp. 793-807.
- FERNÁNDEZ INSUELA, Antonio (2002). «*La pechuga de la sardina* de Lauro Olmo». En en Víctor GARCÍA RUIZ y Gregorio TORRES NEBRERA (eds.), *Historia y antología del teatro español de posguerra. Vol*



- V. 1961-1965. Madrid, Espiral/Fundamentos, pp. 309-316.
- (2022). «Sobre la correspondencia de Lauro Olmo con Alejandro Casona y la representación de *La camisa* por el I.F.T. de Buenos Aires». En Ana CONTRERAS ELVIRA y Guadalupe SORIA TOMÁS (eds.), *A la sombra de las luces. Homenaje a Fernando Doménech*. Madrid: Fundación Universitaria Española-Instituto del Teatro de Madrid, pp. 281-295.
- GÓMEZ PAZ, Julieta (1969). «Las tardes con María», *Ínsula*, 275-276 (octubre- noviembre), p. 6.
- G [ONZÁLEZ] OLMEDILLA, Juan (1930). «Segundo viaje de novios de Santiago Rusiñol... Ha venido a Madrid y Aranjuez para celebrar sus bodas de oro con su compañera, la paisajista doña Luisa Denis», *Crónica* (26 de enero), p. 12.
- LARRAZ, Fernando (2009). *El monopolio de la palabra. El exilio intelectual en la España franquista*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- (2014). *Letricidio español. Censura y novela durante el franquismo*. Gijón: Trea.
- (2017a). «La cultura del exilio vista desde la España del franquismo». En Mari Paz BALIBREA (coord.), *Líneas de fuga. Hacia otra historiografía cultural del exilio republicano español*. Madrid: Siglo XXI de España Editores, pp. 473-483.
- (2017b). «La presencia del exilio en las revistas culturales del franquismo», en Mari Paz BALIBREA (coord.), *Líneas de fuga. Hacia otra historiografía cultural del exilio republicano español*. Madrid: Siglo XXI de España Editores, pp. 492-498.
- LEJÁRRAGA, María de la O (María Martínez Sierra) (2019). *Una mujer por caminos de España. Recuerdos de propagandista*. Edición de Juan AGUILERA SASTRE. Sevilla: Renacimiento (Biblioteca de la Memoria).
- (2018). *Viajes de una gota de agua*. Edición de Juan AGUILERA SASTRE e Isabel LIZARRAGA VIZCARRA. Sevilla: Espuela de Plata.
- (2021). *Epistolario del exilio. Cartas familiares (1939-1969)*. Edición de Juan AGUILERA SASTRE, Isabel LIZARRAGA VIZCARRA y Antonio GONZÁLEZ LEJÁRRAGA. Sevilla: Renacimiento (Biblioteca del Exilio).
- LIZARRAGA VIZCARRA, Isabel (2004). *María Lejárraga, pedagoga. Cuentos breves y otros textos*. Logroño: Instituto de Estudios Riojanos.
- LÓPEZ GARCÍA, José Ramón, AZNAR SOLER, Manuel, RODRÍGUEZ, Juan y LÁZARO, Esther (eds.) (2021): *Puentes de diálogo entre el exilio republicano de 1939 y el interior*. Sevilla: Renacimiento (Biblioteca del Exilio).
- MARTÍNEZ SIERRA, María (2000 [1953]). *Gregorio y yo. Medio siglo de colaboración*. Edición de Alda BLANCO. Valencia: Pre-Textos.
- (2009a). *Cómo sueñan los hombres a las mujeres*. Edición de Isabel LIZARRAGA VIZCARRA y Juan AGUILERA SASTRE. Logroño: Instituto de Estudios Riojanos.
- (2009b). *Tragedia de la perra vida y otras diversiones. Teatro del exilio [1939-1974]*. Edición de Juan AGUILERA SASTRE e Isabel LIZARRAGA VIZCARRA. Sevilla: Renacimiento (Biblioteca del Exilio).
- MONTIEL RAYO, Francisca (2017a). «Una patria de papel: La correspondencia de los exiliados republicanos de 1939». En Mari Paz BALIBREA (coord.), *Líneas de fuga. Hacia otra historiografía cultural del exilio republicano español*. Madrid: Siglo XXI de España Editores, pp. 331-339.

- (2017b). «Historias de una historia: La correspondencia entre los exiliados republicanos y los residentes en la España franquista», en Mari Paz BALIBREA (coord.), *Líneas de fuga. Hacia otra historiografía cultural del exilio republicano español*. Madrid Siglo XXI: de España Editores, pp. 498-507.
- (2017c). «Reflexiones metaepistolares en la correspondencia de los escritores del exilio republicano español de 1939». *Hispanística XX*, 34, pp. 45-62.
- (2018). «Crónica de una paradójica insatisfacción: Los epistolarios del exilio republicano español de 1939». En Francisca MONTIEL RAYO (ed.), *Las escrituras del yo. Diarios, autobiografías, memorias y epistolarios del exilio republicano de 1939*. Sevilla: Renacimiento (Biblioteca del Exilio), pp. 189-268.
- MUÑOZ CÁLIZ, Berta (2005). *El teatro crítico español durante el franquismo visto por sus censores*. Madrid: Fundación Universitaria Española.
- (2014). «El teatro de María y Gregorio Martínez Sierra ante la censura franquista». En Francisca VILCHES DE FRUTOS, Pilar NIEVA DE LA PAZ, José Ramón LÓPEZ GARCÍA y Manuel AZNAR SOLER (eds.), *Género y exilio teatral republicano: entre la tradición y la vanguardia*. Amsterdam-New York: Editions Rodopi, pp. 135-149.
- NÓRIA JOVÉ, Montserrat (1998). *Octubre, octubre. Introducción a la novelística de José Luis Sampedro*. Tesis doctoral. Lleida: Servei de Publicacions de la Universitat de Lleida. En línea: <http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmckk976>.
- O'CONNOR, Patricia W. (2003). *Mito y realidad de una dramaturga española: María Martínez Sierra*. Logroño: Instituto de Estudios Riojanos.
- OLMO, LAURO (1962). *La camisa, Primer Acto*, 32 (marzo), pp. 14-37.
- (1984). *La camisa. El cuarto poder*. Ed. Ángel BERENQUER. Madrid: Cátedra (Letras Hispánicas).
- PALACIOS, Gloria (1996). *José Luis Sampedro. La escritura necesaria*. Madrid: Siruela.
- PEÓN DE BREGA (1965). «De la España peregrina. María Martínez Sierra», *España Republicana* (Buenos Aires) (abril), p. 3.
- SAMPEDRO, José Luis (1983 [1952]). *Congreso en Estocolmo*. Madrid: Alfaguara.
- (1993). *Real Sitio*. Barcelona: Destino (Áncora y Delfín).
- (1996[1961]). *El río que nos lleva*. Edición de José MAS. Madrid: Cátedra (Letras Hispánicas).
- [con la colaboración de Olga Lucas] (2005). *Escribir es vivir*. Barcelona: Areté.
- (2009). *Economía humanista. Algo más que cifras*. Barcelona: Destino.
- TAILLOT, Allison (2011). «María Lejárraga, attachée commerciale de la République espagnole à Berne pendant la guerre d'Espagne». En Sophie MIQUELET et Madeleine FREDERIC (eds.), *Femmes en guerres, Sextant* (Éditions de l'Université de Bruxelles), 28, pp. 85-95.
- VELASCO, Miguel Ángel (1971). «Hace 25 años Aguilar estableció su primera casa en Hispanoamérica», *El Libro Español*, 163 (junio), pp. 299-302.



APÉNDICE

EPISTOLARIO DE MARÍA LEJÁRRAGA
CON LAURO OLMO Y JOSÉ LUIS
SAMPEDRO

I

Carta de José Luis Sampedro a Lauro Olmo. Madrid, 8 de febrero de 1964

[Mecanografiada, 2 páginas. Membrete: Facultad de Ciencias Políticas y Económicas. El Catedrático de Estructura e Instituciones Económicas. Archivo Lauro Olmo]

Madrid, 8 de febrero de 1964

SR. D. LAURO OLMO
Ediciones Arión
Cuesta de Santo Domingo, 11
MADRID

Mi querido amigo:

Le agradezco muchísimo el envío, con tan cariñosa dedicatoria, de su obra *La camisa*, que ya tuve ocasión de admirar cuando se puso en escena y que me pareció una de las cosas más importantes [al margen y a mano, añadido: y hay pocas] que hemos visto en estos teatros en los últimos años. Muchas gracias y perdone que no le haya escrito antes porque he estado fuera y, además, estos últimos días, pensaba haber ido al coloquio sobre su obra, cosa que a última hora me fue imposible.

Aprovecho la ocasión para decirle que tengo correspondencia con María Martínez Sierra, que vive en Buenos Aires, y que en una carta suya se preocupaba especialmente de decirme que había leído *La camisa* y

que le felicitara a Vd. en su nombre. Creo que la obra se va a representar en Buenos Aires y si es así y fuese Vd. por allí (o, si no, le interesará escribir a esta mujer, que merece que se le haga llegar el afecto hasta el exilio), voy a darle la dirección por si le interesa:

María Lejárraga
Talcahuano, 1253
BUENOS AIRES

Cuente conmigo como amigo y admirador sincero y reciba un abrazo de,

[firmado y rubricado] J. L. Sampedro

II

Carta de Lauro Olmo a María Lejárraga. Madrid, 12 de mayo de 1964

[Mecanografiada, 1 página. Sin membrete. Archivo María Lejárraga, copia en Archivo Lauro Olmo]

Madrid, 12 de mayo de 1964

Sra. D^a María Lejárraga
Talcahuano, 1253
BUENOS AIRES

Estimada amiga:

Le agradezco mucho la buena opinión que tiene sobre mi obra titulada *La camisa*. Nuestro común amigo, el señor Sampedro, me ha hablado de usted con mucho afecto y simpatía. De esto hace ya algún tiempo. Dos viajes, y el estar a la espera de algu-

na noticia concreta sobre el estreno de mi obra en Buenos Aires –sé que le agradecería conocerla–, han retrasado un poco estas líneas de afecto hacia usted y los suyos.

Verdaderamente, *La camisa* tenía que haberse estrenado ya en esa ciudad. Primero iba a ser en el Teatro Florida. Ahora me dicen que están interesados por ella los del Teatro Ift. Son noticias confusas, nada concretas en cuanto a elenco y dirección; quiero decir en cuanto a garantía artística. En realidad, estoy un poco desorientado. Los derechos de representación los tenía adquiridos Manuel Benítez Sánchez-Cortés, pero estos días ha cumplido el contrato que nos unía y, dado lo confuso de todo, y hasta que no se aclare algo, prefiero que la obra esté de nuevo en mi poder. Sé que en Buenos Aires hay interés por conocerla, pero la verdad es que hasta ahora no he tenido suerte con los gestores. ¿Quiere creer que *La camisa* se ha tenido que ir abriendo paso «contra viento y marea»? Perseguida, premiada; vuelta a perseguir, vuelta a premiar; etc. Hoy está traducida al inglés, al neerlandés, al alemán, al polaco, al francés. Y espero su estreno en Berlín, en Bruselas, en Varsovia, en Ámsterdam, etc. ¡Pero qué importante sería para mí que fuese bien estrenada en Buenos Aires! En fin, ya veremos en qué queda todo.

Me dice el señor Sampedro que, en caso de que yo fuera a Buenos Aires, no deje de

visitarla. Lo haré, y créame que con mucho agrado.

Reciban usted y los suyos la estimación y el afecto de su sincero amigo,

[A mano, firmado y rubricado] L. Olmo

[Debajo, a máquina la dirección]

S/C. Hermosa, 4

MADRID (8)

III

**Carta de María Lejárraga a Lauro Olmo.
Sin fecha [octubre]. 1964**

[Mecanografiada, 1 página. Membrete: María Martínez Sierra. Hotel DEAUVILLE. Talcahuano 1253. Buenos Aires. Contestación a la anterior. Archivo Lauro Olmo]

Amigo Olmo: Perdone mi al parecer inexplicable retraso en contestar a su carta, que mucho le agradecí y sigo agradeciéndole porque me gusta que alguien en España recuerde que existo. Mi descortesía aparente tiene tres motivos. Primero: He estado enferma, con una congestión pulmonar; tuve que curármela con antibióticos y luego curarme de los antibióticos que me habían dejado en lastimoso estado, sin fuerzas y sin voluntad. Cureme, pero, ¡ay de mí!, había perdido su carta y no sabía sus señas; anteayer la encontré dentro del libro de Russell, *Victoria sin armas*²⁹. El motivo tercero es que como me gano la

²⁹ Se refiere al libro de Bertrand Russell, *Victoria sin armas* (*Unarmed Victory* [1963]), cuya traducción del inglés por Juan Novella Domingo había publicado Aguilar ese mismo año 1964.



vida escribiendo, cuando termino el trabajo diario no hay fuerza interior capaz de obligarme a volverme a sentar a la máquina. Hasta la familia se está siempre quejando de que no escribo. Después de esta detallada y verídica explicación, espero de su amistad olvide mi culpa.

Y vamos a *La camisa*, que es lo principal. Se estrenó, primero en Radio Nacional, que tiene una sección dominical, «Las dos carátulas», donde mi amigo Miguel Gastiarena, que es el asesor teatral, la impulsó. Allí pagan muy poco y se cobra tarde, pero es el mejor anuncio que se puede hacer para una obra dramática. Con *La camisa*, la propaganda dio resultado. IFT se decidió a hacerla inmediatamente. IFT es un grupo judío que trabaja muy bien. Se estrenó estando yo enferma, pero Gastiarena me dijo que había gustado mucho y que la habían hecho muy bien, con una sola falla: no habían podido imitar el acento madrileño necesario. Estuvo cosa de un mes en el cartel, y ahora creo que vuelven a hacerla. De todo eso ya estará usted enterado por la Sociedad de Autores. Le felicito, ya que se le cumplió el caprichito de estrenar en Buenos Aires. No son los porteños muy aficionados al teatro. Su pasión verdadera es la música y es en lo que entienden verdaderamente; pero ahora parece que se le va despertando la afición al arte dramático.

Me gustaría mucho conocer *La pechuga de la sardina*. ¿No podría enviarme un ejemplar? Gracias anticipadas.

Voy a pedirle un favor. Sin duda usted está en buenas relaciones con el señor Gala, autor de *Los verdes campos del Edén*. También esa comedia me gusta muchísimo y me gustaría que me enviase una carta para el Sr. D. Miguel Gastiarena en la cual autorizase a Radio Nacional para radiar la obra en «Las dos carátulas». Me agradecería en extremo ser la madrina de todos los nuevos autores dramáticos de la nueva generación española. También lo soy un poco de los viejos. Hace unas semanas han radiado «Las dos carátulas» una adaptación radiofónica de *Rinconete y Cortadillo*, de Cervantes, y tuve bastante buena suerte con el trabajito³⁰. ¡Qué vicio tan indesarraigable es el teatro para quien una vez lo prueba!

Tengo que escribir a J. L. Sampedro para pedirle también a él un favorcito, pero estoy tan disgustada con él por el cínico olvido en que me tiene que no pienso escribirle hasta que reciba una carta suya de cuatro pliegos. Tenga la bondad de decírselo de mi parte.

Creo que nada más por hoy. ¿Se queja de los trabajos que ha pasado para estrenar *La camisa*? Diez años nos costó a nosotros estrenar en Madrid la primera comedia. Los viejos se defienden. Es natural. Y no conviene triunfar demasiado pronto porque se co-

³⁰ La referencia a esta emisión radiofónica «hace unas semanas» permite datar la carta, que no lleva fecha, hacia finales de septiembre o principios de octubre de 1964, pues la obra de Cervantes se emitió a mediados de agosto, según le comunicaba a su familia: «He hecho para la Radio Nacional una adaptación radiofónica de *Rinconete y Cortadillo*, de Cervantes. La pasaron el domingo 16» (20-VIII-1964).

rre el riesgo de no poner empeño suficiente en el trabajo. «Per aspra ad astra»³¹, amigo. Con muy leal amistad y afectuosamente,
[A mano, firmado y rubricado] María Martínez Sierra

[Posdata, también a mano] Le advierto que «Las dos carátulas» en la Radio Nacional radia las obras *una sola vez*. Vale.

IV

Carta de Lauro Olmo a María Lejárraga. Madrid, 28 de noviembre de 1964

[Manuscrita, 2 páginas. Sin membrete. Archivo María Lejárraga]

Madrid, 28-nov[iem]bre-1964

Estimada amiga: Perdona mi retraso, del que, por diversas causas, no soy muy culpable. Le doy las gracias por su afectuosa carta, tan amistosa, y le deseo un total restablecimiento.

He hablado con Gala. Hace tres días estuve con él y le di su dirección para que le escriba. Al parecer, Lola fel quiere estrenar en B. Aires *Los verdes campos del Edén*.

En lo que me considero culpable, y estoy dispuesto a que me regañe usted, es en no haber telefoneado o visto todavía a J. L. Sampedro. El lunes próximo –ahora es sábado y noche– le prometo que cumpliré su encargo.

Enhorabuena por esa adaptación de *Rinconete y Cortadillo*, y por el éxito. ¿Qué hace ahora?

Yo acabo de poner a punto de próxima lectura una nueva obra teatral que titulo *La condecoración*. Veremos si todo sale bien y puedo ponerla en pie en febrero del 65.

Le envío adjunta *La pechuga de la sardina*, obra escrita con vistas a cierto provincianismo todavía vigente, más en unas partes que en otras, pero nacional. Ya me dirá qué le parece.

Gracias por sus noticias sobre *La camisa*. La saluda muy afectuosamente,
[Firmado y rubricado] L. Olmo

V

Carta de María Lejárraga a José Luis Sampedro. Buenos Aires, 23 de enero de 1962

[Manuscrita, 1 página. Membrete: María Martínez Sierra; debajo, a máquina: HOTEL DEAUVILLE. Talcahuano 1253. Buenos Aires (Argentina). Archivo José Luis Sampedro, copia en Archivo María Lejárraga]

23 de enero de 1962

Sr. D. José Luis Sampedro

Compañero: –¿Permite que le llame así, puesto que somos del mismo oficio?– Le escribo para agradecerle el grandísimo placer que he tenido leyendo *El río que nos lleva*.

³¹ Literalmente, «por el camino áspero, a las estrellas», es decir, que con el esfuerzo se llega al triunfo.



Temía morirme sin que hubiera surgido en nuestra España un digno sucesor de Galdós, Clarín, Emilia Pardo Bazán. Pero está usted ahí, y le felicito y me felicito.

¡Qué dolor España! ¡Qué dolor tan grande! ¡Y cómo le agradezco el haberlo sabido sentir y decir con tan noble aspereza, sin recurrir a la pornografía para ocultar la falta de inspiración ni a las palabrotas para disimular la carencia de estilo!

Que Dios, en quien, al parecer, se obstina usted en seguir creyendo, le lleve de la mano.

Nos lleva el río, pero no nos arrastra. Vamos en él, mas contra corriente. Con solo respirar, protestamos.

Ruégole acepte el testimonio de mi admiración sincera y el ofrecimiento de mi amistad leal,

[Firmado y rubricado] María Martínez Sierra

VI

Carta de José Luis Sampedro a María Lejárraga. Santa Cruz de Tenerife, 19 de abril de 1962

[Manuscrita, 2 páginas. Sin membrete. Archivo María Lejárraga]

S. C. Tenerife, 19-4-1962

Sr^a D^a María Martínez Sierra
Buenos Aires

Admirada, querida María:

¿Me permite, a su vez, que la llame así, puesto que me ha escrito una carta de las que me han conmovido más en mi vida? Llegó a Madrid estando yo ausente y luego me la he traído a Canarias para contestarla con sosiego, en unos días que he logrado escaparme de Madrid.

¿Qué le voy a decir? Yo no soy, desde luego, el sucesor de esos nombres españoles que usted cita. Yo soy un modesto narrador de historias que, eso sí, lleva muy en el corazón. Procuero contarlas con autenticidad y nada más, casi *por* necesidad y no *para* obtener nada. Las escribo como un náufrago, las meto en una botella y las confío al mar. Lo que más vale para mí es que a veces (raramente, claro) esa petición de socorro (de comunicación) del hombre solo, llega a manos como las de usted y me valen palabras tan confortadoras y tan emocionantes como las suyas. Gracias, muchas gracias.

Y pienso que, si a usted y a otros españoles, mis gancheros les parecen buena gente, cada uno con su dignidad (esa idea nuestra de la dignidad), entonces es que quizás mis historias sirven para algo verdaderamente humano. Tengo 45 años, que me sirven para llegar a tener idea de quién es V., y de lo que significa su nombre, y de lo que representa su carta. Me considero por eso –por los años– como hombre de una generación quemada y solo aspiro, como he dicho en el prólogo de un libro mío de economía (la economía es mi ganapán), a ayudar a los jóvenes a que pasen por enci-

ma de mí hacia el futuro. Su carta me hace pensar que efectivamente no hago mal el papel de cadáver para llenar el foso y que quizás hasta consigo transmitir a los jóvenes algo de la herencia que yo tuve, que ellos deben recibir y que les ha sido y les sigue siendo oficialmente escamoteada.

¡Ya ve usted cuánto me atrevo a leer en su carta, no sé si con exceso de vanidad! En cuanto pueda, porque se está reimprimiendo, voy a enviarle desde Madrid otra novela mía que supongo no conoce y que es muy diferente: un intento de contar una historia de amor con ternura, con melancolía, sin jactancia. No sé si lo logré, pero acéptela como testimonio de la amistad, la admiración y la gratitud [sigue en el margen, apaisado] hondísima de este escritor español para quien su carta ha sido lo que no soy capaz de expresar bien. Con verdadero cariño,

[Firmado y rubricado] J. L. Sampedro

[En el margen de la primera página, apaisado: Dirección: J. L. Sampedro. Carretera de Húmera, 1. ARAVACA (Madrid)]

VII

Carta de María Lejárraga a José Luis Sampedro. Buenos Aires, 20 de mayo de 1962

[Mecanografiada, 1 página y reverso. Membrete: María Martínez Sierra; debajo, a máquina: Hotel DEAUVILLE. Talcahuano 1253. BUENOS AIRES (Argentina). Ar-

chivo José Luis Sampedro, copia en Archivo María Lejárraga]

20 mayo 1962

Amigo: Perdone mi tardanza en contestar a su carta de hace un mes. Me dio mucha, muchísima alegría porque hacerse un amigo a los 87 años es aventura que no cae en suerte con demasiada frecuencia. La última de esa especie me cayó del cielo poco antes de cumplir los ochenta y cinco. Probablemente la de usted será la última de la serie en mi presente encarnación. Voy a darme muchísima prisa para aprovechar la feliz coyuntura (¿es usted además de economista un poquito filósofo?). Yo también soy un tanto economista; por lo menos, mi primer título académico es el de Profesora de Comercio, adquirido en el siglo XIX a la temprana edad de dieciséis años y practicado o, mejor dicho, utilizado durante la Segunda República española como Agregada Comercial a la legación española en Suiza. Hoy, no contesto a su carta, porque no tengo tiempo, y este papelito es solo para enviarle el articulito que Valentín de Pedro ha enviado a *La Prensa* dando cuenta de *El río que nos lleva*. Valentín de Pedro es escritor argentino, nacido en Tucumán, pero mucho más español que yo, puesto que estuvo bastantes meses en la cárcel y condenado a muerte por Franco. Ahora vive aquí, y es amigo mío. Si quiere vuesa merced darle las gracias, éstas son sus señas: Sarandí, 224, 3 piso. BUENOS AIRES.



Le estoy haciendo una propaganda entusiasta. No me lo agradezca: el libro merece mucho más. Hasta pronto, con mucho cariño. Escriba. ¡Salud!

[A mano, firmado y rubricado] María

[Posdata, a mano] Si quiere usted leer mis libros *Gregorio y yo*, *Una mujer por caminos de España*, *Viajes de una gota de agua* y *Fiesta en el Olimpo*, pídaselos prestados a mi hermano Alejandro Lejárraga, que vive en Madrid, calle de San Quintín, 4, 2º izda. Tiene teléfono, pero no sé el número [añadido al parecer posterior: 24700468]

Vale. ¡Salud!

[Firmado] M. M. S.

[Nueva postada a mano] Espero con impaciencia el libro de sus amores en Estocolmo. Yo no llegué más que a Copenhague.

VIII

Carta de José Luis Sampedro a María Lejárraga. Madrid, 25 de septiembre de 1962

[Mecanografiada, 2 páginas. Sin membrete. Archivo José Luis Sampedro, copia en Archivo María Lejárraga]

JOSÉ LUIS SAMPEDRO

Madrid, 25 de septiembre de 1962
SRA. D^a MARÍA MARTÍNEZ SIERRA
Hotel Deauville

Talcahuano, 1253
BUENOS AIRES (Argentina)

Mi querida amiga:

Ha pasado mucho tiempo desde que recibí su carta, pero he llevado un verano atroz de trabajo y problemas y, aunque he tenido tiempo materialmente, no lo he tenido con la calma que uno desea para escribir a las personas como Vd.

Entre tanto, me he puesto en contacto con su familia y he leído ya *Fiesta en el Olimpo*, donde hay cosas realmente estupendas, y *Viajes de una gota de agua*, que me ha parecido impresionante. Para mí, es de la calidad de raros libros, como *El pequeño príncipe*, de Saint-Exupéry, que parecen nada y tienen dentro un mundo. Comprenderá Vd. que no pretendo elogiarla: es sencillamente que me resulta un libro para releer y con unos aciertos instantáneos fabulosos. Ahora comprendo mejor muchas cosas y me enorgullezco mucho más de su primera carta.

Escribí en su día a Valentín de Pedro, de quien tenía noticias literarias porque tengo edad para ello, pero no he tenido respuesta. Me dicen en Aguilar que se pierden algunas cartas desde la Argentina.

Perdone mi tardanza en contestar. Quisiera decirle tantas cosas que «no arranco» y que incluso cartas como estas salen aparentemente frías. Una cosa de la que quisiera hablar muchísimo con Vd. es de la mujer universitaria en España. Le contaría cómo ve a las muchachas y a sus problemas

de aula un profesor como yo que cree que el eje de tantas cuestiones en nuestro país es la transformación auténtica de la mujer. Supongo que estará Vd. de acuerdo, pero sobre todo que podrá enseñarme en esto muchísimas cosas.

¿Sabe Vd. que hay posibilidades de que yo tenga que ir, no dentro de mucho tiempo, a la Argentina para un breve asunto? Le aseguro que la mayor ilusión del viaje en este momento es conocerla personalmente.

Tego que volver a llamar a su hermano, que quedó en buscarme sus otros dos libros citados en la carta. Espero que la próxima vez le daré noticias mías mucho más rápidamente.

Reciba la admiración y el sincero afecto de su buen amigo y aprendiz,

[Sin firma, porque es copia]

IX

Carta de María Lejárraga a José Luis Sampedro. Buenos Aires, 22 de octubre de 1962

[Mecanografiada, 1 página. Membrete: María Martínez Sierra. Archivo José Luis Sampedro, copia en Archivo María Lejárraga]

Buenos Aires, 22 octubre 1962

Amigo Shannon: Perdone que haya tardado en contestar a su carta –un tanto demasiado... ¡¡Ay, dos adverbios juntos!!– lisonjera. Y no es que no me guste como a

cada quisque un poquito de miel sobre el pan. Sobre todo viniendo de un compañero de oficio. Gracias. La tardanza se debe a que parte de mi familia de la que aquí reside sale mañana en avión para Madrid y he preferido que ellos lleven mi carta a confiarla a los azares del correo argentino.

Por lo visto, le agrada Saint-Exupéry. A mí también, muchísimo. Se perdió en el aire, que era su elemento. Yo estoy casi segura de que se suicidó porque no podía soportar la vida en las capas bajas de la atmósfera terrestre. Y estoy casi segura también de que quien se la hizo insostenible fue su mujer, la suya, una bella hispanoamericana que, por ironía del destino, se llamaba Consuelo. Nada de esto lo sé de cierto, pero me lo ha contado el subconsciente y acostumbro a fiarme de sus cuentos.

Muchísima alegría me dará que se realice ese su proyecto de viaje a la Argentina. Prepárese al «choque». Soy muy vieja, viejísima, y a lo peor se asusta usted al verme... No crea que lo digo en broma; la desventurada aventura me sucedió hace pocas semanas al acercarme a felicitar a un joven argentino que me admiraba mucho por teléfono, y que cuando al terminar él una conferencia para la cual me había enviado una cariñosa invitación, la mirarme y decir yo mi nombre, puso una cara tan, tan asustada... ¡Y desde entonces, no he vuelto a saber de él! Inconvenientes del largo vivir.

Deseo que venga usted, egoístamente, porque usted podrá contarme de España cosas que ninguno de los que vienen de allí



puede o quiere decirme. De la Argentina, no le digo nada, porque no quiero que traiga usted prejuicio. Fíese de la primera impresión, que es la buena. Y hasta pronto. Así lo espero. ¡Ah!, mi familia lleva los originales de unas emisiones que hice por radio hace unos meses. No valen gran cosa, porque, por radio, ¿qué va uno a decir? Pero como nunca he escrito palabra que no crea verdad, pídale a mi hermano que ese las preste y me irá conociendo un poquito más.

¡Salud, amigo! (Se me olvidaba: usted no es aprendiz de nadie: ha nacido aprendido como todos los que venimos predestinados a hacer algo especial en el mundo: lo único que nos cabe hacer es no ser infieles al llamamiento). Adiós otra vez.

[A mano, firmado y rubricado] María

X

Carta de María Lejárraga a José Luis Sampedro. Buenos Aires, 14 de julio de 1963

[Mecanografiada, 1 página. Membrete: María Martínez Sierra. Archivo José Luis Sampedro, copia en Archivo María Lejárraga]

Sr. D. José Luis Sampedro:

14 de julio. Linda fecha, ¿eh? Aunque en realidad, la hazaña no fuera tan tremenda como la han hecho sus comentaristas. ¿No le parece, amigo? Pero, ¿es usted mi amigo? Pensándolo bien, creo que no, ya que, en tantos y tantos meses, no ha sentido vuesa merced ni un solo instante la necesidad de

decirme: ¡Buenos días, viejecita española y desterrada voluntaria! ... el más definitivo de los destierros.

Solo unas líneas –ni esas merece usted– para darle una alegría, no sé si grande o chica. Cuando se publicó *El río que nos lleva*, yo me permití enviar un ejemplar a la Radio Nacional Argentina para su biblioteca. De los libros que les parecen bien hacen un comentario elogioso. Con los que les parecen requetebién, llenan una sección especial, «El libro leído para usted», y durante los días no feriados de todo un mes, leen de él un capítulo. No quiero negar que indiqué a la «comisión» la conveniencia de leer la novela con atención especialísima (era, para mí, caso de conciencia). Al fin, le llegó el turno, y durante este mes de julio de 1963, todos los días no feriados tenemos el placer de escuchar su prosa: en la emisión del miércoles 10, nos dieron el emocionante capítulo del Viernes Santo; en la del jueves 11, el de la visita de Paula al cura.

Y nada más: he encargado a Aguilar le envíen un ejemplar del Boletín de la Radio. Yo envío aquí los recortes del anuncio de estos dos días.

Aquí vamos viviendo, no sé si en realidad o en desvarío. Estoy pasando un ataque de *grippe* y no quiero enviarle microbios.

¡Salud, señor autor de *El río que nos lleva!*

[A mano] Muy lealmente,

[A mano, firmado y rubricado] María Martínez Sierra

[A mano, la dirección] S/c. Hotel Deauville. Talcahuano 1253. Buenos Aires.

XI

Carta de María Lejárraga a José Luis Sampedro. Buenos Aires, 5 de septiembre de 1963

[Mecanografiada, 1 página. Membrete: María Martínez Sierra. Archivo José Luis Sampedro]

Buenos Aires, septiembre 5, 1963

Amigo Sampedro: (A propósito, ¿es usted santo? Me gustaría tener amigos influyentes con el Cielo ahora que ya se acerca para mí la hora del viaje definitivo).

¿Recuerda usted los versos que están sobre la sepultura de Heine, en el cementerio de Montmartre en París: «¿Dónde estará, para el vagabundo fatigado, la última estación de reposo...?».

Perdone la incoherencia. Solo con los amigos de verdad me permito tenerla.

Y perdone también que haya tardado un poco en contestar a su carta del 25 de julio. Mayor hubiera sido la tardanza por evitarle la preocupación de tener que volver a escribirme. He leído en no recuerdo qué libraco inglés que no es cortesía contestar demasiado deprisa la carta de un amigo porque la premura parece indicar el deseo de quitarse de encima lo antes posible un

trabajo molesto. Pero, en la *Revista de Occidente* encontré ayer una nota suya sobre «Dinamismo en el campo español» y en ella trata usted algo que me llega al alma: la tragedia de Andalucía. Ya, mucho antes de ser diputada por Granada, cuando no había ido a esa tierra, compendio de desdichas, más que como turista, tenía la espina clavada en el corazón.

Ignoraba –hace más de un cuarto de siglo que faltó de España– la existencia de FIDESA. ¿Querría usted tener la gentileza de enviarme un folleto? Certifíquelo por si acaso. Y envíe otro a Ramón Lamonedá, mi compañero de Diputación y uno de los hombres más dignos y leales a la causa del pueblo que he conocido. A él está dedicado mi libro *Una mujer por caminos de España*. No sé si mi hermano le tendrá. No se le envió por no correr el riesgo de comprometerle si abren el paquete.

Lamoneda está en México ganándose la vida como corrector de imprenta. Sus señas son: Ramón Lamonedá.- Pino, 57, F.-México DF. Él cuidó la edición de mi libro *Gregorio y yo*.

Figúrese lo que me regocija ser casi madrina del que va usted a escribir. Hay que echar el resto, que estoy yo esperándole.

¿Está usted por Burgos? ¿Qué pueblos más horribles hay también por esas tierras! Uno, Boceguillas³² se llama, no se me olvidará mientras viva.

³² En realidad, se trata de un pequeño municipio de la provincia de Segovia, en la Tierra de Sepúlveda.



Estoy muy perezosa. Dígame algo para animarme. Espero que la primavera, que aquí comienza este mes, me devuelva las ganas de escribir. Estoy preparando una serie de emisiones por radio que se titulará «Cartas que no se han escrito»³³. Veremos.

Lo que usted me cuenta del Cristo de brazos articulados me recuerda algo espeluznante. En un horrendo pueblo de Castilla la Nueva, Camuñas se llama, vi hace medio siglo una danza de salvajes el día del Corpus, dentro de una iglesia, delante de la Custodia que el párroco sostenía en las manos, en pie sobre una de las gradas del altar mayor. Infernal. Y luego, entre gritos, disparos de fusil, etc., todo el pueblo seguía danzando bárbara y obscenamente por las calles, presidido siempre por la Custodia, y así iban visitando las casas de los notables del pueblo, Alcalde, cacique, teniente de la Guardia Civil... Era algo tremendo. No sé si seguirá la tradición. El cura me decía, a la hora de comer, en un banquete tan saturado de azafrán que yo no pude tragar más que un poco de pan y queso: «¡Ay, señora, cuando vine a este pueblo, la primera vez que tuve que hacer esto, se me caía la Custodia de las manos!»³⁴. También celtíbero, como usted dice.

No le quiero robar el tiempo. ¡A escribir! ¡A escribir! Eso es nuestra vida. La verdadera. Yo también, además de admirarle, le quiero de veras,

[A mano, firmado y rubricado] María

XII

Carta de María Lejárraga a José Luis Sampedro. Buenos Aires, 27 de septiembre de 1963

[Mecanografiada, 1 página. Membrete: María Martínez Sierra. Archivo José Luis Sampedro]

Buenos Aires, 27 septiembre 1963

Amigo Sampedro: le escribo para imponerle una molestia, pero ¿qué le haremos? Recuerde el «Alter alterius onera portate»³⁵. ¡Qué erudición!, ¿eh?

Desearía tener un ejemplar de la comedia de Martín Recuerda *Las salvajes en el puente San Gil*. He leído una referencia a ella en un periódico español, y me interesa.

También quisiera que Juan José Alonso Millán me enviase un ejemplar o una copia de su obra *El cianuro... ¿solo o con leche?*

³³ En una carta del mes de marzo de ese año, ya le anunciaba a Collice Portnoff este proyecto: «Ahora preparo otra serie, *Cartas que no se han escrito*, que voy a radiar durante el mes de junio, Dios mediante, y esas se las enviaré a medida que las vaya escribiendo, pero aunque las tengo pensadas, no las he comenzado porque no sé si me darán cinco minutos o diez» (30-III-1963). No tenemos más noticia de estos textos.

³⁴ Se refiere a la fiesta de los Danzantes y Pecados de Camuñas (Toledo), que se celebra el día del Corpus Christi. En la actualidad, es «fiesta de interés turístico nacional» y «bien de interés cultural».

³⁵ San Pablo, Gal. VI, 2. La cita completa es: «Alter alterius onera portate et sic adimplebitis legem Christi», que significa: «Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y de esa manera cumpliréis la ley de Cristo».

Las pido, naturalmente, con buena intención. Me gusta hacer propaganda en este aburridísimo país de los autores españoles que valen la pena. Siempre conviene que suenen los nombres de los que escriben. En nuestro pícaro oficio, para conseguir algo hay que dar que hablar. Usted bien lo sabe.

Gracias mil por adelantado. No escribo hoy más porque estoy muy atareada escribiendo por cuenta propia. Nada importante. Chapuzas para que no me olviden y, desde luego, para ganar algunos pesos.

Salud, amigo, ya sabe que aquí hay alguien que le quiere y le admira. ¡Ahora recuerdo que usted me dijo que pensaba venir por aquí! ¿Ha renunciado al proyecto? Quiero esperar que no,

[A mano, firmado y rubricado] María

XIII

Carta de José Luis Sampedro a María Lejárraga. Madrid, 24 de diciembre de 1963

[Mecanografiada, 1 página. Sin membrete. Archivo María Lejárraga]

Mi querida María:

Por favor, créame; no soy tan malo ni la quiero tan poco como parecen indicar mis silencios. Por otra parte, esta carta no es la contestación a las dos tuyas que tengo en la cartera —esa cartera que arrastro como el cajón de herramientas del fontanero. Y a mucha honra— desde que las recibí. Pero he estado casi un mes en Londres y, aun-

que me las llevé con ánimo de escribirle, no tuve tranquilidad.

Esta carta tiene por objeto que no llegue mañana sin que yo no le haya dicho cuánto la recuerdo y cuánto le deseo los mejores días posible en estas fechas y un año próximo con alguna paz. Decirle también que el envío por correo aparte una separata de otro artículo que he publicado en la *Revisita de Occidente* y que me parece todavía más expresivo que el anterior, del que me habló usted con aprobación.

Quiero también decirle que aunque tengo parada mi próxima novela, por agobios de tiempo, cada vez pienso más en ella. Y que le he encontrado un título que va muy bien a mi intención general y que me hago la ilusión de que a usted —precisamente a usted, querida María— le dirá algo: EL PUEBLO NO ESTÁ. Responde a una anécdota auténtica del 17 de julio de 1936 que nadie conoce y que casi presencié mi mujer (es decir, ella estaba entonces en la misma ciudad). Pero responde al hecho para mí radical de la vida española de todos estos últimos años: que el pueblo no está. La situación se podrá interpretar como se quiera, pero algo está clarísimo: El pueblo no está. No sé qué pensará usted de esto.

Y nada más que esta pobrecita carta mientras, en cuanto me sea posible, contesto de verdad a las tuyas. Y créame que la quiero. No solo yo, sino mi mujer y mi hija. Hablamos de usted en casa con cariño. Y con ese cariño le deseamos todos paz y sosiego para el próximo año.



Querida María, ¿sería mucho pedir –no solo no escribo, ¡sino que exijo! Los hombres, siempre iguales– una fotografía de usted? Aunque sea pequeñita, aunque sea de un periódico, aunque sea lo que sea. Me gustaría tenerla.

Con cariño muy sincero, y agradecido siempre por el estímulo que es pensar en usted,

[A mano, firmado y rubricado] J. L. Sampedro

XIV

Carta de María Lejárraga a José Luis Sampedro. Buenos Aires, 13 de febrero de 1964

[Mecanografiada, 1 página. Membrete: María Martínez Sierra. Archivo José Luis Sampedro]

Buenos Aires, 13 febrero 1964

Amigo Sampedro:

No contesto a su carta del 24 de diciembre que me llegó hace tres días, puesto que usted asegura que no es carta sino mera expresión de remordimiento. Estas pocas palabras son pretexto para enviarle la foto que me pide. No soy fotogénica y me dejo fotografiar lo menos posible porque parezco siempre no la víctima de un crimen sino la criminal en persona. Esta la he recortado de un grupo de familia y tiene un asomo

de sombra de melancólica resignación. El fondo es un jardín con mucho sol. La miro y me parece que estoy diciendo: «Mientras haya sol, sigamos viviendo. La vida es así, ¿qué se la (*sic*) va a hacer?».

¡Un mes en Londres! Se ve que es usted hombre importante. Procure que su «importancia» le traiga por aquí; procuraremos hacerle grata la estancia en esta aburridísima ciudad. No quiero blasfemar; he encontrado en ella unos cuantos buenos amigos.

No he recibido la «separata» del artículo publicado en la *Revista de Occidente*. Los empleados de Correos están en media huelga con muchísima razón. Si yo fuera ellos haría huelga entera.

A ver si adelanta esa novela porque de no ser así no voy a poder tomar en serio lo del estímulo. ¿El pueblo no está? Es natural. ¿Está usted muy seguro de que estamos nosotros? Muy agradecida al cariño de la familia Sampedro. Como soy tan vieja, me gusta que me quieran... Miro su firma: tiene rasgos de espíritu acometedor. Así sea... Y no va más, que hace un calor horrible y estoy sudando. ¡Salud, amigo!

[A mano, firmado y rubricado] María

P. D. [mecanografiada] Estoy pensando que como ya tenemos oficialmente pretendiente carlista al trono de España³⁶, cuando yo me haya muerto, habrá guerra carlista en España lo mismo que había cuando nació.

³⁶ Debe referirse a Francisco Javier de Borbón-Parma y Braganza, que fue pretendiente al trono de España con el nombre de Javier I entre 1952 y 1975.

No sé quién ha dicho: «Conviene que haya revoluciones para que todo vuelva a quedar lo mismo que estaba». ¡Salve! Escriba.

[Se incluye una fotografía recortada de María, con esta anotación manuscrita al dorso: «María Martínez Sierra, Buenos Aires, 1963»]

XV

Carta de José Luis Sampedro a María Lejárraga. Madrid, 5 de enero de 1966

[Mecanografiada, 2 páginas. Es copia. Sin membrete. Archivo José Luis Sampedro, copia en Archivo María Lejárraga]

Madrid, 5 de enero de 1966

SRA. D^a MARÍA LEJÁRRAGA
Hotel Deauville
Talcahuano, 1253
BUENOS AIRES

Querida amiga:

Ya comprendo que es muy difícil hacerme creer después de tantos meses de silencio, pero le aseguro que raro es el día (repto, el día) que no la recuerdo cada vez con más cariño y respeto entrañable. Lo que pasa es que, también desde hace meses, atravieso yo una crisis difícil, como consecuencia de una lesión en una vértebra lumbar que me produce tales dolores en cuanto me siento a la máquina, que me ha incapacitado para escribir durante mucho tiempo y me hace procurar estar tendido casi cons-

tantemente, el tiempo que me permiten mis ocupaciones.

Por otro lado, y por si fuera poco peso para la moral, hemos atravesado en la Universidad las vicisitudes que seguramente Vd. conoce, con expulsión de cinco catedráticos y la difícil posición de otros, entre los que me cuento, que no nos hemos marchado por solidaridad en atención a que, por desgracia, éramos demasiado pocos para dar a esa decisión un cierto peso y, en vista de ello, los propios sancionados nos han aconsejado que sigamos. Pero uno se siente muy en precario, por lo que respecta a su posición oficial, aunque cada vez más sobre tierra firme en lo que se refiere a la situación vital. Porque, afortunadamente, los estudiantes persisten en sus demandas de libre asociación, han conseguido en abril y en fechas posteriores que el Gobierno se resigne a no llamarles el SEU, pero no se conforman y continúan planteando problemas. Como ante esas peticiones se van atirantando las cosas y uno se ha pronunciado ya suficientemente ante el sistema, no sé cuánto tiempo seguiré dando clase en la Universidad. Para hablarle solamente de hechos especialmente públicos, le diré que mis apuntes impresos y firmados del curso pasado fueron dedicados en el prólogo al cincuentenario de D. Francisco Giner de los Ríos y en este año los dedico a los profesores sancionados en el anterior. En esas condiciones, si no me han hecho un expediente es porque deben entender que por ahora no les conviene.



No necesito decirle que la coacciones son de todas clases. En el Ministerio de Hacienda, donde pertenezco a un cuerpo como excedente desde hace años, el subsecretario me ha llamado a su despacho para advertirme que mi conducta en la Universidad tendría consecuencias (no imagino cuáles, pero eso les tiene sin cuidado) en mi escalafón de Hacienda. En el Banco, que es donde realmente me gano la vida como economista asesor, también me han llamado al orden. Todo eso, créame Vd., no va a dejarme [sic: ¿alejarme?] de asumir mis responsabilidades, pero mi estado de ánimo no es el más propicio al verme con deficiencias de salud que me dificultan el trabajo, y expuesto a encontrarme también en precarias condiciones económicas, pues mis reservas son muy modestas.

Le cuento todo eso no tanto para alardear de una cosa personal que no tiene importancia, sino para hablarle de la situación y, sobre todo, hacerme perdonar un poco (contando con su comprensión) mi silencio de este tiempo. Quiero añadir además, porque sé que Vd. se interesa por ello muy de corazón, que el tercer médico al que he ido parece haber acertado mejor, y gracias a un aparato ortopédico en la espalda, he empezado justamente estos días de vacaciones a volver un poco a la máquina de escribir. Voy a intentar también el magnetofón, aunque me produce una sensación de estar menos cerca de mi obra y me obliga a un pequeño montaje administrativo menos flexible. Pero de una manera o de otra voy

a ver si termino la novela en que trabajo (*El pueblo no está* o *Las hogueras de octubre*), que hubiera terminado ya este verano de no ser por todos esos contratiempos. En fin, veremos a ver de qué lado queda todo.

No necesito decirle, pues esta carta es toda ella expresión de mi cariño, cuánto le deseo que este año de 1966 le lleve unos meses de paz y, si fuera posible, mejores noticias de España. No hace mucho tiempo encontré por las librerías un volumen con las conferencias que dio Vd. en el Ateneo sobre el papel de la mujer española, en abril de 1931. Si fuera posible, la querría a Vd. todavía más después de haber leído ese libro. Una de las cosas que yo quisiera conseguir con esta novela es recordar a los jóvenes ciertas actitudes así, pero no tengo la pretensión de conseguirlo.

Repito mis deseos de paz y le envía un cariñoso abrazo su invariable amigo,

[Sin firma, porque es copia]

XVI

Carta de María Lejárraga a José Luis Sampedro. Buenos Aires, 3 de febrero de 1966

[Mecanografiada, 1 página y reverso. Membrete: María Martínez Sierra. Archivo José Luis Sampedro]

Buenos Aires, 3 de febrero 1966

Querido amigo: No puede figurarse la alegría que tuve al recibir su carta, demostración de que, al fin, se había decidido a co-

municarse directamente conmigo. Mas –ya lo advierte el refrán: «poco dura la alegría en la casa del pobre»–, tantas calamidades me cuenta que más ganas da de llorar que de reír. Sobre todo, las de su salud: mientras el cuerpo marcha, todo va bien... Y hasta en eso del dolor en la espina dorsal somos compañeros. Todas las noches al tenderme en la cama, y todas las mañanas al salir de ella, me da un mal ratito y eso que, al parecer, tengo todas las vértebras en su sitio. «Cuando Dios quiere, a todos aires duele»³⁷, podemos, pues, decir usted y yo, modificando un poco otro refrán. ¿No le asombra mi vasta erudición? A mí, a días me abruma, al darme cuenta de que todo cuanto pueda pensar lo pensó ya otro hace más de mil años... En fin, nos contentaremos con lo que parece ser nuestra misión: repetir en lenguaje de nuestro tiempo las verdades eternas, dándoles el mayor brillo posible para que las alcancen a sentir hasta los espíritus más romos.

Ese libracó mío que ha encontrado usted con mis conferencias del Ateneo es –me parece– un ejemplar único. Mis compañeras de la Asociación de Cultura Cívica³⁸, que yo fundara, me obsequiaron con una edición de doscientos ejemplares que nunca llegó a mis manos porque yo había salido de España, a la que no he vuelto, en octubre del año 1936, y mi familia quemó el paquete de ejemplares sin guardar ninguno, en

parte por miedo a si los vencedores de la Guerra Civil hacían un registro en la casa les trajese a ellos malas consecuencias, y en parte porque no tenían otra cosas que «mis papeles» para encender lumbre y calentar un poco de sopa. Así pereció un arcón entero o, mejor dicho, su contenido, en el que había cartas que vendidas hoy les hubieran hecho ricos después de mi muerte...

Este año he estado medianita de salud: el 16 de febrero, tuve una hemorragia cerebral de la que salí con vida y sin perder la inteligencia, que hubiera sido lo peor, gracias a que había un buen médico en este mismo hotel y él y su mujer me cuidaron como si hubiese sido su propia madre... pero he tardado más de seis meses en reponerme y la presión, que se había aficionado a mí, se me fijó en el ojo izquierdo... así que ahora estoy en poder de un oculista que de vez en cuando me da una sesión de refinadas torturas.

No quiero que pensemos en males. El autor de *Los verdes prados del Edén* se perdió un gran éxito por quedarse en España a cuidar la postura en escena de la obra de ese cursi de Claudel en lugar de venir aquí a ocuparse de la obra propia que, por culpa de la interpretación equivocada, no entendió nadie. Yo no la vi porque estaba en plena enfermedad. Si encuentra, por casualidad, otro ejemplar de las conferencias

³⁷ El refrán en realidad dice: «Cuando Dios quiere, a todos los aires llueve».

³⁸ Se trata de la Asociación Femenina de Educación Cívica, fundada por María Lejárraga en 1931, cuyas actividades perduraron hasta 1936 y fue, sin duda, uno de los proyectos de asociacionismo femenino más sólidos de la etapa republicana (Aguilera, 2008).



del Ateneo, cómprele para mí y tómese el trabajo de enviármelo. Gracias anticipadas.

Y por hoy no va más. Es la primera vez –después de muchos meses– que escribo a máquina y bien se nota... pero aquí no es posible dictar a nadie porque como hablan en murciano, cambian todas las eses y viceversa.

Salude a su mujer y a su hija, y deles las gracias en mi nombre por el cariño que usted les ha contagiado. ¡Salud, salud, salud!, en todas las acepciones de la maravillosa palabreja. Ya sabe usted que se le quiere,

[A mano, firmado y rubricado] María

[Posdata, también a mano] Ahora, por influencia de un buen amigo, estoy publicando algunos artículos en *La Prensa*. Le envió el que salió la semana pasada³⁹. Léalo con cuidadito, porque ha suscitado, sobre todo entre las mujeres, comentarios muy diversos. Solo en Madrid tiene Lucifer un monumento. En el que ahora se llama Paseo de Coches del Retiro, y que cuando yo era niña se llamaba Paseo del Ángel Caído, hay una bella estatua de Lucifer, cayendo del Cielo. En Madrid tenía que darse el milagro. Vaya usted a saludar al que se ha de salvar sea como sea. Me enamoran las almas testarudas. ¡Salve!

³⁹ Se trata del artículo titulado «Pleito entre dos espíritus celestes» (*La Prensa*, 16-I-1966, p. 10), recorte que se conserva en el Archivo José Luis Sampedro junto con la carta.